
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
OF
AT CHAPEL HILL
a 00002 34003 2


LUX
LIBERTAS

Cuando resucitemos.

Alex

ENRIQUE IBSEN

CUANDO RESUCITEMOS

(NAAR VI DÔDE VAAGNER)

DRAMA EN TRES ACTOS

JUAN-GABRIEL BORKMAN

DRAMA EN CUATRO ACTOS

TRADUCCIÓN DE RICARDO ALLUÉ



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10 — VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal) — MADRID

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—Valencia

CUANDO RESUCITEMOS

(Drama en tres actos)

PERSONAJES

Arnoldo Rubek, escultor.
Maia, su esposa.
Irene.
Ulfhein, propietario rural.
Una Enfermera.
El Director del Balneario.
Lars, criado.
Niños, bañistas, criados del hotel.

La acción en Noruega.—Época actual

ACTO PRIMERO

Un balneario en la orilla de un *fiord*. Á la derecha la esquina del hotel. Espacio abierto como un parque: fuentes con caprichosos surtidores y grupos de añosos árboles y jóvenes arbustos. Á la izquierda un pequeño pabellón sombreado por una parra y frondosas hiedras. Delante un velador y una silla. Al fondo se divisa el puerto, y más lejos algunas islas y estrechas lenguas de tierra que avanzan en el mar. Es una mañana de verano, tranquila y cálida.

ESCENA I

MAIA y RUBEK

(Junto al hotel, sobre el césped, Arnoldo Rubek y Maia, su esposa, sentados en sendos sillones de mimbre, ante una mesita, acaban de tomar el desayuno. Leen cada uno un periódico y beben champagne y agua de Seltz. Rubek es hombre de unos cuarenta años, muy distinguido en sus maneras; viste elegantemente, americana de terciopelo negro y chaleco y pantalón de verano. Maia, en plena juventud, rostro expresivo y ojos alegres, pero se advierte en ella cierto aire de fatiga. Lleva un vestido de viaje irreprochable.)

MAIA *(permanece inmóvil un instante, como esperando á que su esposo hable. Deja caer el periódico y suspira)*.—¡Ay, Dios mío!

RUBEK (*dejando de leer*).—¿Qué tienes, Maia?

MAIA.—Escucha... escucha este silencio.

RUBEK.—¿Tú puedes oirle?

MAIA.—¿Cuál?

RUBEK.—El silencio.

MAIA.—Sí.

RUBEK.—Quizá tengas razón. Tal vez se oye el silencio.

MAIA.—¿No ha de oirse?... Cuando el silencio lo domina todo... como ahora aquí...

RUBEK.—¿En el balneario?

MAIA.—Y en toda la campiña. En la ciudad misma, entre el estrépito y la animación de sus calles, yo advierto algo silencioso... algo... así... algo muerto.

RUBEK (*mirándola fijamente*).—¿No estás contenta de haber vuelto á nuestra ciudad?

MAIA.—¿Lo estás tú?

RUBEK.—¿Yo?

MAIA.—Sí, tú, que estuviste más tiempo ausente... ¿Te alegras de haber vuelto?

RUBEK.—No sé... ¡Creo que no!

MAIA.—¡Me lo figuraba!

RUBEK.—Mi ausencia fué acaso demasiado larga. Ahora soy un extraño en mi país natal.

MAIA (*acercando un sillón al de Rubek*).—¡Lo ves!... ¿Quieres que nos marchemos?... ¿Que nos marchemos en seguida?

RUBEK (*algo impaciente*).—Sí, sí, Maia: nos iremos.

MAIA.—¿Y por qué no en seguida? Piensa en lo bien que viviremos... en las delicias de nuestra nueva casa...

RUBEK.—Está mejor dicho: en las delicias del hogar.

MAIA (*secamente*).—Prefiero decir casa.

RUBEK (*mirándola un momento*).—Eres una singular mujercita.

MAIA.—¿De veras soy singular?

RUBEK.—Me lo pareces.

MAIA.—¿Y por qué? ¿Porque no me gusta la vida insulsa que hacemos aquí?

Rubek.—¿Y quién de los dos se empeñó en venir á pasar el verano en el Norte? Yo no.

Maia.—¡Quise, sí; quise venir! ¿Pero cómo había de pensar encontrarlo todo tan cambiado? ¡En tan poco tiempo! Si no hace más que cuatro años que marché...

Rubek.—Que marchaste casada...

Maia.—¡Casada! ¿Qué más da?

Rubek.—Desde entonces eres *Madame la professeur: Fran Profesor,* como dicen en Alemania; señora, si te gusta más, de una casa soberbia... casi de un palacio señorial. Un hotel, en la orilla del lago Taunitz, ricamente amueblado... ¡Sí, Maia; podemos decir que estamos instalados espléndidamente! Y una casa vastísima... En ella no es fácil que nos molestemos uno al otro.

Maia.—No; no es fácil...

Rubek.—Y añade los refinamientos de una vida elegante.. y la sociedad con personas más distinguidas que las tratadas en tu país...

Maia.—¿De modo que, según tú, soy yo quien ha cambiado?

Rubek.—Así lo creo.

Maia.—¿Yo sola? ¿y las gentes de aquí, no?

Rubek.—También han cambiado, y no ciertamente para hacerse más amables.

Maia.—Tienes razón; no son muy atentas.

Rubek (*cambiando de tono*).—¿Sabes qué impresión me produce esta vida?

Maia.—¡No; dímelo!

Rubek.—Me recuerda la noche del viaje, en el tren.

Maia.—Pero si la pasaste durmiendo...

Rubek.—Dormía... y no dormía. Cada vez que llegábamos á una estación, me sorprendía el silencio que reinaba. Como tú, Maia, «oía el silencio»...

Maia.—Como yo...

Rubek.—Y comprendía que habíamos pasado la frontera, que estábamos en nuestra casa. El tren se detiene en todas las estaciones, aunque no haya tráfico.

Maia.—¿Por qué pasará tantas veces inútilmente?

Rubek.—No lo sé. Nadie se apeaba; nadie montaba. Y sin embargo, el tren hacía una parada interminable. Y en cada estación, dos empleados recorrían el andén. Uno de ellos llevaba un farol, y en el silencio de la noche se decían en voz baja cosas insignificantes.

Maia.—Sí; recuerdo. En todas las estaciones dos hombres que van y vienen y hablan quedo...

Rubek.—Para no decirse nada (*animándose*). Mañana nos vamos. Embarcaremos en el vapor que debe llegar al mediodía, y navegaremos por la costa... hasta el mar de hielo.

Maia.—Pero así no verás el país ni observarás la vida de estos pueblos.

Rubek (*impaciente*).—Ya he visto bastante.

Maia.—¿Crees que te sentará bien un viaje por mar?

Rubek.—Se cambia de vida, por lo menos.

Maia.—Sí, sí, pues que mejorarás...

Rubek.—¿Mejorar?... No padezco enfermedad alguna... que yo sepa.

Maia.—¡Sí, Arnoldo... lo sabes! (*Se levanta.*)

Rubek.—Vamos, Maia; ¿qué supones que tengo?

Maia (*apoyándose en el respaldo del sillón en que está sentado Rubek*).—Eres tú quien debe decírmelo. Desde hace algún tiempo, no tienes tranquilidad. En ninguna parte estás á gusto. Te vuelves misántropo.

Rubek.—¿Lo advertiste? (*Algo irónico.*)

Maia.—¡Era bien fácil!... ¡Y es triste ver que has perdido el amor al trabajo!

Rubek.—¿También eso?

Maia.—Tú, antes infatigable... que trabajabas desde la mañana hasta la noche...

Rubek.—Sí, antes... (*Sombrío.*)

Maia.—Aquel afán desapareció en cuanto terminaste tu gran obra...

Rubek (*pensativo, bajando la cabeza*).—*¡El día de la Resurrección!*

MAIA.—La obra que te ha hecho famoso.

RUBEK.—Quizá está en ella la causa...

MAIA.—¿Por qué?

RUBEK.—¿Cuando terminé mi obra maestra?... (*con violencia*). Porque *El dia de la Resurrección* es una obra maestra... ó al menos lo era al principio... ¡No! ¡Lo es todavía! ¡Es preciso, es preciso que lo sea!

MAIA (*mirándole sorprendida*).—Sí; lo dice el mundo entero.

RUBEK (*entre dientes*).—«El mundo entero» no sabe nada, no comprende nada.

MAIA.—Algo adivina...

RUBEK.—Sí; lo que no existe... lo que jamás cruzó por el cerebro del artista. ¡Oh! ¿Ante eso se postran admiradas las gentes? (*hablando consigo mismo*). Nos consumimos trabajando para el vulgo... para «el mundo entero»...

MAIA.—¿Y vale más... es más digno de ti modelar bustos de gentes vulgares? ¿Desde entonces no haces otra cosa?

RUBEK (*sonriendo con dulzura*).—No son sólo retratos mis bustos, Maia.

MAIA.—Pues no te vi modelar más que retratos desde que tan famoso grupo salió de casa...

RUBEK.—Te digo que esos bustos son algo más que retratos...

MAIA.—¿Qué son entonces?

RUBEK.—Hay en ellos algo apenas exteriorizado... algo que se oculta, que se escapa... algo que los hombres no alcanzan á percibir.

MAIA.—¿De veras?

RUBEK.—¡Sólo yo lo veo! ¡Y es un secreto goce para mí! Aparentemente sólo tienen esos bustos «un parecido asombroso» de que las gentes se admiran, se maravillan... (*bajando la voz*). Pero observando, profundizando en la observación, se descubre bajo los rasgos de un personaje encopetado una agradable cabeza de caballo, el hocico de un asno testarudo, la frente achatada de un perro dogo con las orejas caídas, el morro bestial de un cerdo, el perfil estúpido de un buey...

MAIA.—En una palabra, todos los animales domésticos.

RUBEK.—Si, Maia, animales domésticos... Esos que los hombres han desfigurado... y que han desfigurado á los hombres (*bebe y ríe*). Y esos irónicos retratos, esas caricaturas son las obras que los buenos burgueses me pagan á peso de oro.

MAIA (*llenándole la copa*).—¡Ea, Arnoldo! ¡Bebe y sé feliz!

RUBEK.—Soy feliz, Maia; muy feliz. En cierto modo al menos (*una pausa*). Porque es una manera de felicidad sentirse libre, independiente... poder alcanzar todo lo que se desea... al menos de lo exterior. ¿No piensas lo mismo?

MAIA.—Sí, sí... eso es algo (*mirándole*). Pero recuerda que me prometiste, el día en que convinimos... lanzarnos á la gran aventura...

RUBEK.—Que decidimos casarnos.

(*Asintiendo.*)

MAIA.—...Cuando decidimos que yo abandonaría mi país, para ir contigo al extranjero... y vivir en la opulencia... ¿te acuerdas de lo que me prometistes?

RUBEK.—No, en verdad; no lo recuerdo. ¿Qué te prometí?

MAIA.—Me dijiste que me llevarías á lo alto de una montaña, para mostrarme desde allí todos los esplendores de la tierra.

RUBEK (*turbado*).—¿Te lo prometí también?

MAIA.—¡También!... ¿Lo habías prometido á otra?

RUBEK.—No, no... Quise decir. ¿De veras te prometí mostrarte...?

MAIA.—«Todos los esplendores de la tierra.» Fueron tus palabras. «Y estos esplendores—añadiste—serán para nosotros sólo, para ti y para mí.»

RUBEK.—Sí... era una frase mía.

MAIA.—¿Nada más que una frase?

RUBEK.—Una reminiscencia de mis años de estudiante: con ella decidía á los pilluelos de la vecindad para que vinieran á jugar conmigo á través de los campos y los bosques.

MAIA (*mirándole fijamente*).—¿No habrás querido jugar también conmigo?

RUBEK (*echándolo á broma*).—¿Y qué, Maia? ¿Jugar no es lo más agradable?

MAIA (*fríamente*).—Es que no te seguí sólo para jugar.

RUBEK.—No, no; yo no digo...

MAIA.—¿Y tú no me subiste á la montaña altísima, para mostrarme...?

RUBEK (*irritado*).—Todos los esplendores de la tierra. No; tienes razón. Es que... te diré, Maia... tú no naciste para subir á las grandes alturas.

MAIA (*reprimiéndose*). — Un día, sin embargo, parecías creerlo.

RUBEK.—Hace cuatro ó cinco años (*reclinándose sobre el respaldo de un sillón*). Cuatro ó cinco años es mucho tiempo, Maia, mucho tiempo.

MAIA (*mirándole con expresión de amargura*).—¿Y este tiempo te pareció largo, Arnoldo?

RUBEK.—Comienza á parecérmelo, sí... (*bosteza*). En algunos momentos al menos.

MAIA (*separándose y volviendo á su sillón*). — No quiero aburrirte. (*Se sienta, toma un periódico y recorre sus planas rápidamente. Pausa.*)

RUBEK (*apoyando los codos sobre la mesa y mirando fijamente á Maia*).—¿Te has molestado?

MAIA (*fríamente, sin apartar los ojos del periódico*).—No.

ESCENA II

Dichos y el Director del Balneario. Luego Irene y la Enfermera

(Algunos bañistas, en su mayoría señoras, solos ó formando grupos, atraviesan el parque de derecha á izquierda. El Director se acerca á Rubek y Maia, quitándose el sombrero cortésmente.)

Director.—La señora me permitirá que la salude... Buenos días. señor Rubek.

Rubek.—Buenos días, doctor; buenos días.

Director.—¿Descansaron ustedes?

Maia.—Muy bien; gracias, doctor; he dormido perfectamenmente. Siempre duermo como un tronco.

Director.—Lo celebro. Cuando se cambia de hotel se suele dormir mal la primera noche. ¿Y usted, señor profesor?

Rubek.—Yo duermo mal, especialmente desde hace algún tiempo.

Director (*con interés*).—Lo siento mucho. Pero seguramente cesarán los insomnios con algunas semanas de vida higiénica...

Rubek.—Diga usted, doctor: ¿algún enfermo toma el baño por la noche?

Director.—¿Por la noche? Nadie, que yo sepa.

Rubek.—¿Está usted seguro?

Director.—No hay aquí ninguna persona tan enferma que necesite...

Rubek.—¿Y no hay alguien que tenga costumbre de pasear de noche por el parque?

Director.—No, señor profesor. El reglamento del balneario lo prohibe.

Maia.—¡Por Dios, Arnoldo! Ya te dije esta mañana que habías soñado.

Rubek (*secamente*).—¡Ah! ¿He soñado? ¡Gracias! (*volviéndose hacia el Doctor*). Me levanté esta noche, porque no podía dormir: me asomé á la ventana y vi cruzar por entre los árboles una forma blanca.

Maia.—Y el profesor se empeña en que aquello era una capa de baño. (*Al Doctor, sonriendo*).

Rubek.—Al menos así me pareció. No se distinguía bien, pero...

Director.—¿Y era un hombre ó una mujer?

Rubek.—Creo que una mujer. Tras ella se dibujaba una silueta obscura... La seguía cual si fuera su sombra.

Director.—¿Obscura? ¿Negra acaso?

Rubek.—Negra, sí.

Director.—¿Y seguía á la figura blanca? ¿Muy de cerca?

Rubek.—Como su sombra.

Director.—Me parece que puedo explicaros el misterio, señor profesor.

Rubek.—Diga, diga usted.

Maia.—¿No ha soñado?

Director (*bajando la voz y señalando con un gesto hacia la derecha*).—¡Chist! Miren ustedes y hablen bajo.

(*Irene, con blanco traje de cachemira y seguida por la Enfermera, vestida de negro, aparece tras la esquina del hotel y atraviesa el parque, dirigiéndose hacia el pabellón de la derecha. Su rostro pálido parece petrificado. Sus ojos apagados. Bajo el vestido, plegado ligeramente, se adivinan las líneas esculturales de su cuerpo. Amplio velo de tul blanco le cubre la cabeza y el busto. Lleva los brazos cruzados sobre el pecho. Su porte es rígido y pausado su andar. También es rígida la Enfermera y son pausados sus ademanes. Jamás separa de Irene sus ojos negros. Dos camareros, con la ser-*

villeta al brazo, aparecen en la puerta del hotel y miran curiosos á Irene y la Enfermera. Estas, sin reparar en nada ni en nadie, entran en el pabellón.)

RUBEK (*se ha levantado de su sillón poco á poco, como inconscientemente; tiene los ojos fijos en la puerta del pabellón que se ha cerrado tras de las dos mujeres*).—¿Quién es esa señora? (*al Director*).

DIRECTOR.—Una extranjera, que se aloja en ese pabellón.

RUBEK.—¡Ahí! ¿una extranjera?

DIRECTOR.—Según parece. Al menos del extranjero llegaron hace ocho días. Vienen por primera vez á este balneario.

RUBEK (*seguro*).—Es la que paseaba anoche en el parque.

DIRECTOR.—Seguramente. Ya se me ocurrió antes.

RUBEK.—¿Cómo se llama?

DIRECTOR.—En el registro del Balneario se inscribió: «Señora de Satow y su dama de compañía.» Es todo lo que sé.

RUBEK (*reflexionando*).—¡Satow!... ¡Satow!...

MAIA (*con sonrisa burlona*).—¿Has conocido á alguien de ese apellido, Arnoldo?

RUBEK.—Á nadie (*bajando la cabeza.*) Parece un apellido ruso... ó eslavo (*al Director*). ¿Qué idioma habla?

DIRECTOR.—Con la Enfermera habla una lengua para mí desconocida. Pero suele emplear también el noruego.

RUBEK (*sobrecogido*).—¿El noruego? ¿Está usted seguro?

DIRECTOR.—¡Segurísimo!

RUBEK.—¿Habló usted con ella?

DIRECTOR.—Muchas veces... Aunque brevísimas palabras, porque es muy poco comunicativa...

RUBEK.—¿Y habló en noruego?

DIRECTOR.—Lo habla muy bien... Con acento del Norte.

RUBEK (*ensimismado*).—¿Esto también?

MAIA (*un poco turbada y desagradablemente sorprendida*).—¿Te ha servido alguna vez de modelo esa dama, Arnoldo? Recuerda...

RUBEK (*mirándola*).—¿De modelo?

MAIA.—Sí, en tu juventud... ¡Habrás tenido tantas modelos!... en aquel tiempo, ¿eh? (*sonriendo*).

RUBEK (*con el mismo tono*).—No, Maia, no; he tenido un solo modelo, uno solo... para todas mis obras.

DIRECTOR (*que desde hace unos momentos no deja de mirar hacia la izquierda*).—Me retiro. Veo venir á alguien con quien no es agradable hablar, sobre todo delante de señoras.

RUBEK (*mirándole también*).—¿Ese cazador?... ¿quién es?

DIRECTOR.—El señor Ulfhein, propietario de...

RUBEK.—¡Ah! Ulfhein...

DIRECTOR.—¿Quién no le conoce?

RUBEK.—Yo, apenas...

DIRECTOR.—Aquí viene todos los años... cuando va á cazar á la montaña. ¡Con su permiso!... (*Medio mutis.*)

ESCENA III

DICHOS y ULFHEIN y LARS

ULFHEIN (*dentro*).—¡Espere usted! ¡Espere! No huya de mí.

DIRECTOR.—Yo no huyo, señor mío.

(*Ulfhein entra por la izquierda seguido de Lars, que lleva atraillados dos perros de caza. Viste traje de cazador, botas gruesas y sombrero de fieltro con plumas. Es un hombre alto, enjuto, musculoso; pelos y barba fuertes y encrespados; voz ruda; aunque se adivina que no es muy joven, ni su rostro ni su figura permiten columbrar su edad.*)

ULFHEIN (*abordando bruscamente al Director*).—¿Es esta la manera de recibir á los viajeros? ¡Huye usted de mí como del fuego!

DIRECTOR (*sin hacer caso del exabrupto*).—¿Ha llegado usted en el vapor?

ULFHEIN (*refunfuñando*).—No he tenido jamás la honra de viajar en un barco de vapor (*las manos en las caderas*). Yo navego siempre en mi barca... (*al criado*). Tú, Lars, cuida bien á tus semejantes (*por los perros*): dales de comer, pero que no se harten. Échales unos huesos... pero con poca carne. ¿Entiendes? Carne cruda, sangrando... Y tú come también (*dando una patada en el suelo*). ¡Vamos! ¡Idos al diablo! (*Mutis el criado con los perros por detrás del hotel.*)

DIRECTOR.—¿No quiere usted pasar al comedor, señor Ulfhein?

ULFHEIN.—Me pongo malo con tantas moscas... y tantos hombres á medio morir. No, señor doctor; gracias.

DIRECTOR.—Como usted guste.

ULFHEIN.—Prefiero que la doncella me traiga aquí mismo, como de costumbre, carne abundante y aguardiente añejo. Y dígale usted que si no me sirve á gusto...

DIRECTOR (*interrumpiéndole*).—Bien, sí. Le complacerá... (*dirigiéndose á Rubek y Maia*). ¿Desean ustedes algo? ¿Quieren que les envíe un camarero.

RUBEK.—Gracias, doctor. Nada necesito.

MAIA.—Ni yo. (*Mutis el Director.*)

ESCENA IV

DICHOS menos el DIRECTOR

ULFHEIN (*mirando un instante á Rubek y Maia y quitándose el sombrero*).—¡Dios mío! ¡He aquí á un palurdo extraviado entre personas distinguidas!...

RUBEK (*mirándole*).—¿Qué quiere usted decir?

ULFHEIN (*esforzándose por parecer atento*).—¿Si no me equivoco, es el gran escultor Arnoldo Rubek á quien tengo el honor de hablar?

RUBEK (*inclinándose*).—Nos hemos visto una ó dos veces durante el último otoño que yo pasé en este país.

ULFHEIN.—Sí; pero hace mucho tiempo; usted no era todavía famoso. Un sencillo cazador de osos se atrevía entonces á hablarle sin temor.

RUBEK.—Y puede hacerlo ahora (*sonriendo*). No muerdo.

MAIA.—¿Pero caza usted osos, señor Ulfhein?

ULFHEIN (*se sienta junto á una mesa próxima, más cerca del hotel*).—Sí, señora: osos sobre todo. Pero cazo también cuantas piezas se ponen á tiro: águila, lobo ó mujer, ciervo ó venado... ¡Con tal de verter sangre fresca, rica y generosa!... (*Saca del bolsillo un frasquito y bebe un sorbo.*)

MAIA (*sin dejar de mirarle*).—¿Pero usted prefiere el oso?

ULFHEIN.—Sí; porque á veces se enfurece y hay ocasión de luchar con el cuchillo (*sonríe un momento*). Trabajamos rudamente, señora, su marido y yo. Él lucha contra el mármol; yo contra el poder y la fiereza del oso. Y los dos concluímos por dominar la materia, por rendirla á nuestra voluntad. No cejamos hasta vencerla.

RUBEK (*pensativo*).—Es verdad.

ULFHEIN.—Sí: porque la piedra también lucha. Está inanimada y se resiste al mazo y al cincel que le infunden vida, igual que el oso al que se despierta á patadas en su guarida.

MAIA.—¿Va usted ahora á la montaña de cacería?

ULFHEIN.—Subiré hasta los picos más altos... ¿No ha subido usted á las altas cumbres?

MAIA.—Jamás.

ULFHEIN.—¿Jamás? Es preciso que suba este verano. Yo acompañaré á ustedes con mucho gusto.

MAIA.—Gracias. Pero Arnoldo proyecta un viaje por mar.

RUBEK.—Por la costa... Visitaremos los fiords.

ULFHEIN.—¡Puah!... ¡Qué capricho, ahogarse de calor en

esos albañales del diablo!... ¡chapotear en esos charcos de agua salada!... ¡No lo comprendo!

MAIA.—¿Oyes, Arnoldo?

ULFHEIN.—¡No! Suban conmigo á las crestas de las montañas. Arriba, donde no hay sombra de bajezas humanas... ¡No se figuran ustedes lo que esto es para mí! Y como una señora como... (*se interrumpe. La Enfermera sale del pabellón, atraviesa la escena y entra en el hotel. Ulfhein la sigue con los ojos*). ¡Miren qué pajarraco negro! ¿Á quién entierran hoy aquí?

RUBEK.—Á nadie, que yo sepa.

ULFHEIN.—Entonces, en algún rincón hay alguien que se las lía... Todo lo débil, todo lo enfermizo debiera pensar en que lo enterraran. Y cuanto antes mejor.

MAIA.—¿No estuvo usted enfermo alguna vez?

ULFHEIN.—¡Nunca!... Pero algunos de los que me rodean lo han estado. ¡Infelices!

MAIA.—¿Y qué hizo usted por ellos?

ULFHEIN.—¡Darles un tiro!

RUBEK (*mirándole*).—¿Un tiro?

MAIA (*impresionada*).—¿Matarles?...

ULFHEIN.—No yerro un tiro jamás, señora (*inclinándose*).

MAIA.—¿Matar seres humanos?

ULFHEIN.—¡Oh! ¡No hablaba de hombres!

MAIA.—Dijo usted...

ULFHEIN.—...Los que me rodean. Mis perros. ¡Mis bravos y fieles compañeros de caza! Cuando veo que uno de ellos enferma, ¡paf! ¡Un amigo despachado para el otro mundo! (*La Enfermera sale del hotel, llevando un vaso de leche y un bollo en una bandeja, que coloca sobre la mesa que hay delante del pabellón, en el cual entra*). ¿Y con esto se quiere nutrir á los hombres? ¿Leche caliente y bollos? ¡Ah! ¡si vieran ustedes comer á mis compañeros!

MAIA.—No deseo otra cosa (*sonriendo á su marido y levantándose.*)

ULFHEIN (*levantándose también*).—Pues venga conmigo.

Les verá usted roer los huesos ensangrentados, triturándolos... Le enseñaré el camino y hablaremos de la excursión á la montaña. (*Mutis Ulfhein y Maia por detrás del hotel.*)

ESCENA V

RUBEK é IRENE

(*Al mismo tiempo que entran Ulfhein y Maia, aparece Irene en la puerta del pabellón. Se sienta junto al velador, toma el vaso de leche, y cuando se lo lleva á los labios, detiénese al ver á Rubek que la mira fija y gravemente. Después de un instante Rubek se levanta, da algunos pasos hacia Irene, se para y dice con voz ahogada.*)

RUBEK.—Te he reconocido, Irene.

IRENE (*con voz apagada, dejando el vaso sobre la bandeja*).—¿Has adivinado, Arnoldo?

RUBEK.—Creo que tú también...

IRENE.—¡Oh! ¡Tú es diferente!...

RUBEK.—¿Por qué?

IRENE.—Porque tú aun vives.

RUBEK (*sin comprender*).—¿Que vivo?...

IRENE (*después de una pausa*).—¿Quién era esa otra? La que estaba sentada á tu lado.

RUBEK (*tras breve indecisión*).—Era... mi mujer.

IRENE (*bajando la cabeza*).—¡Muy bien, Arnoldo! Alguna que has encontrado cuando yo no vivía ya.

RUBEK (*mirándola*).—¿Cuando tú no vivías ya?... ¿Qué quieres decir, Irene?

IRENE (*sin responder*).—¿Y nuestro hijo? ¿Se porta bien?... ¿Alcanza gloria y honores?...

RUBEK (*sonríe, como recordando algo muy lejano*).—¡Nuestro hijo! Sí, así llamábamos á mi obra...

IRENE.—Cuando yo vivía.

RUBEK (*tratando de alegrarse*).—¡Sí, Irene! «Nuestro hijo» es famoso en todo el mundo. ¿Lo sabías?

IRENE (*bajando la cabeza*).—Y ha hecho famoso á su padre... ¿No era tu ensueño?

RUBEK (*bajando la voz, emocionado*).—¡Y á ti te lo debo todo, Irene! ¡todo, todo! ¡Gracias!

IRENE (*reflexionando un momento, inmóvil*).—Si en aquel tiempo hubiera cumplido mi deber...

RUBEK.—¿Qué?

IRENE.—...Hubiera matado á nuestro hijo.

RUBEK.—¿Qué dices? ¿Matarle?

IRENE (*en voz baja*).—Matarle, antes de separarme de ti... Destruirle... Machacarle...

RUBEK.—¡No hubieras podido, no hubieras tenido valor!...

IRENE.—¡Es verdad! Entonces, no.

RUBEK.—Pero ¿después?

IRENE.—Después le maté muchas veces. En pleno día y en la sombra de la noche... Le maté en mis accesos de ira... de odio... de dolor...

RUBEK (*acercándose más á ella y bajando la voz*).—Irene... después de tantos años... dímelo, por fin: ¿por qué te marchaste? ¿Por qué desapareciste, sin dejar huella que pudiera guiarme para buscarte?

IRENE (*moviendo tristemente la cabeza*).—¡Ah, Arnoldo!... ¿Para qué decírtelo... si ya no vivo?

RUBEK.—¿Fué porque amabas á otro?

IRENE.—Sólo amé á uno que no supo qué hacer de mi amor ni de mi vida.

RUBEK.—¡No hablemos más del pasado!...

IRENE.—¡No, no; no hablemos más de eso, que es del otro mundo, de un mundo que ya no es el mío!

RUBEK.—¿Dónde estuviste, Irene? Te busqué mil veces y no pude encontrarte.

IRENE.—Caí en las tinieblas... cuando vi á «nuestro hijo» envuelto en resplandores de gloria.

RUBEK.—¿Viajaste mucho?

IRENE.—Por muchos países, por muchas naciones.

RUBEK.—¿Y qué has hecho? (*mirándola con interés*).

IRENE (*fijando los ojos en él*).—Espera que recuerde... ¡Ah! sí, ya recuerdo. Me exhibí en el escenario de un café concierto. Mostré mi cuerpo desnudo en los cuadros vivos. Gané mucho dinero. Esto, contigo no podía ser: tenías muy poco... Y he conocido á muchos hombres que enloquecieron por mí. Esto tampoco podía ser contigo: tú no me deseabas.

RUBEK.—¿Y te casaste?

IRENE.—Sí: uno de ellos me hizo su esposa.

RUBEK.—¿Quién era?

IRENE.—Un sudamericano... Un diplomático de alto rango. (*mira vagamente y sonríe con amargura*). Le volví loco, completamente loco... irremediablemente loco. Me divertía su locura... créeme... tanto que la fomentaba. Hasta podía haber alegrado mi alma... si yo hubiera tenido alma.

RUBEK.—¿Y ahora dónde está?

IRENE.—En un cementerio... bajo un soberbio mausoleo... con una bala en el cráneo.

RUBEK.—¿Se suicidó?

IRENE.—Sí. Quiso adelantárseme.

RUBEK.—¿Le lloraste, Irene?

IRENE.—¿Á quién? (*sin comprender*).

RUBEK.—¡Al señor de Satow!

IRENE.—No se llamaba Satow.

RUBEK.—¿No?

IRENE.—Satow es el apellido de mi segundo esposo... Un ruso.

RUBEK.—¿Y está aquí?

IRENE.—¡No!... Está muy lejos, en los Urales... en sus minas de oro.

RUBEK.—¿Pasa allí la vida?

IRENE (*encogiéndose de hombros*).—¿La vida?... ¿su vida? Le maté también.

RUBEK.—¿Le mataste?... (*sorprendido*).

IRENE.—Con un agudo puñal que siempre llevo conmigo

RUBEK.—¡No te creo, Irene!

IRENE (*sonriendo dulcemente*).—Puedes creerme, Arnoldo.

RUBEK (*mirándola compasivo*).—¿No tuviste hijos?

IRENE.—Muchos.

RUBEK.—¿Y dónde están?

IRENE.—Los maté.

RUBEK (*serio*).—No me cuentes embustes.

IRENE.—Los maté; te digo que los degollé sin piedad á medida que venían al mundo... ¡Oh! no; antes... antes de que nacieran... ¡Uno tras uno!

RUBEK (*grave y tristemente*).—Hay un doble sentido en tus palabras... que sólo yo debo adivinar.

IRENE.—¡Tú solo, sí!

RUBEK (*apoyando las manos en la mesa y mirando fijamente á Irene*).—Hay en tu corazón muchas fibras rotas.

IRENE.—¡Como siempre que muere una mujer en plena vida!

RUBEK.—¡Oh! ¡Irene, basta de delirios insensatos!... Tú estás viva.

IRENE (*se levanta lentamente de su silla y dice con voz temblorosa*).—Estoy muerta desde hace muchos años. Me agarrotaron. Me encerraron en un féretro y le aseguraron con barrotes de hierro y almohadillaron sus paredes para que mis lamentos no fueran oídos... Pero poco á poco, resucito de entre los muertos. (*Vuelve á sentarse.*)

RUBEK (*después de una pausa*).—¿Y crees que soy yo el culpable?

IRENE.—Sí.

RUBEK.—...¿Culpable de eso que tú llamas... tu muerte?

IRENE.—Culpable de que tuviese que morir (*cambiando de tono, indiferente*). ¿Por qué estás de pie, Arnoldo?

RUBEK.—¿Me permites sentarme á tu lado?

IRENE.—Sí... No temas el frío: no estoy aún completamente helada.

RUBEK (*acerca una silla á la mesa y se sienta*).—¿Lo ves, Irene? Estamos sentados uno junto al otro como en aquel tiempo.

IRENE.—Y nos separa un vacío... como en aquel tiempo.

RUBEK (*acercándose á ella*).—En aquel tiempo era preciso.

IRENE.—¿Era preciso?

RUBEK.—Sí... ¿Te acuerdas de lo que me respondiste cuando te propuse seguirme á un país lejano?

IRENE.—Te juré seguirte hasta el fin del mundo y hasta el fin de la vida... y servirte siempre...

RUBEK.—De modelo para mi obra...

IRENE.—En toda mi desnudez...

RUBEK.—Y me serviste, Irene... con alegría... con placer.

IRENE.—¡Sí; te serví con todo el fuego de mi juventud!

RUBEK (*inclinando la cabeza*).—¡Es verdad!

IRENE.—Me prosterné á tus pies, Arnoldo, y te serví (*tendiendo hacia él las manos juntas*). ¡Pero tú... tú!...

RUBEK (*protestando*).—¡No fuí culpable contra ti, Irene!...

IRENE.—¡Sí! Fuiste culpable contra lo más íntimo que había en el fondo de mi ser.

RUBEK.—¡Yo!

IRENE.—¡Sí, tú! Me ofrecía á tus ojos desnuda... me mostré á ti sin reserva... (*más bajo*). Y ni una sola vez te hizo acercarte el deseo.

RUBEK.—¿No comprendiste, Irene, que muchos días tu belleza me turbó?

IRENE.—Y sin embargo, si llegas á tocarme, creo que te hubiera matado. Porque llevaba siempre un aguijón de acero oculto entre el peinado (*se pasa la mano por la frente como desechando un pensamiento*). ¡No importa!... ¡Pensar que tú has podido... que tú has podido!...

RUBEK (*mirándola con fijeza*).—Yo era un artista, Irene.

IRENE (*sombría*).—Precisamente... Un artista...

RUBEK.—Artista antes que todo... Enfermo de deseo, del deseo de crear mi obra, la obra maestra de mi vida (*hundiéndose en el recuerdo*). Había de llamarse *El día de la Resurrección*... Sería una mujer despertando del sueño de la muerte...

IRENE.—¡Nuestro hijo!

RUBEK.—...Y esta mujer resucitada debía reunir en su rostro transfigurado y en su cuerpo perfecto todo lo que hay de noble, de gallardo, de ideal sobre la tierra... Te encontré. Tú eras la mujer soñada para mi obra, y te ofreciste á mi voluntad completamente, gozosamente... Y abandonaste tu hogar y tu familia para seguirme...

IRENE.—Mi juventud despertó para seguirte.

RUBEK.—Por eso fuiste preciosa para mí. ¡Fuiste única!... Apareciste á mis ojos como una criatura sacrosanta, á quien no debía ni rozar el deseo. Yo era joven en aquel tiempo, Irene, y me dominaba el presentimiento supersticioso de que el menor deseo sensual que sintiese hacia ti profanaría mi obra y me impediría realizar mi ensueño... Y era verdad... Lo creo todavía.

IRENE (*inclinando la cabeza: ligeramente irónica*).—La obra antes... la mujer después.

RUBEK.—Piensa lo que quieras. Yo entonces tenía que consagrarme por entero á una misión.

IRENE.—¿Y la realizaste?

RUBEK.—¡Gracias á ti!... Anhelaba crear la mujer pura: tal como despertará el día de la resurrección, no impresionada por la vaga visión de lo desconocido, sino transfigurada después del largo sueño de la muerte, llena de la alegría santa de encontrarse ella, la mujer terrenal, en una región más alta, más libre, más luminosa... (*bajando la voz*). Y así logré crearla. Mis cinceles le dieron tu forma.

IRENE (*apoya las manos sobre la mesa: extendiendo los brazos, se reclina sobre el respaldo de la silla*).—Y desde aquel momento ya no te hice falta...

RUBEK (*con dulce reproche*).—¡Irene!...

IRENE.—Te estorbaba...

RUBEK.—¿Te atreves á decírmelo?...

IRENE.—Y te lanzaste en pos de otro ideal...

RUBEK.—¡No he vuelto á tener ninguno!

IRENE.—¿Y otras modelos?

RUBEK.—Tú no eras para mí una modelo; eras la fuente misma de mi inspiración.

IRENE (*después de una pausa*).—¿Y después qué has hecho? ¿Qué nuevo poema de mármol labraste después de mi partida?

RUBEK.—No intenté crear nada. Sólo bustos, retratos... Ninguna obra grande.

IRENE.—¿Y tu esposa?...

RUBEK (*interrumpiendo vivamente*).—No me hables de ella; me haces daño.

IRENE.—¿Adónde pensáis ir?

RUBEK (*abatido*).—Haremos, probablemente, un monótono viaje por mar, hacia el Norte, á lo largo de la costa.

IRENE (*mirándole, sonriendo casi imperceptiblemente y bajando la voz*).—Es mejor que subas á la montaña, Arnoldo; sube siempre... á lo más alto; escala las más altas cimas... ¡Arriba, Arnoldo; siempre arriba!

RUBEK (*atento*).—¿Subirás tú?

IRENE.—¿Te atreverías á encontrarme otra vez... subiendo á las alturas?

RUBEK (*vacilando, luchando consigo mismo*).—¡Si pudiéramos!... ¡Oh, si pudiéramos!...

IRENE.—¿Por qué no hemos de poder si lo queremos? (*mirándole, dice en voz baja, juntando las manos suplicante*). ¡Ven, Arnoldo!... ¡vuelve á mí!... ¡vuelve!...

ESCENA VI

DICHOS y MAIA

(*Maia, radiante de alegría, sale por detrás del hotel y se acerca precipitadamente á Arnoldo*).

MAIA (*al salir, sin fijarse en Irene*).—Tú dirás lo que quieras, Arnoldo, pero... (*interrumpiéndose al advertir que Rubek no está solo*). ¡Ah! Usted dispense (*á Arnoldo*). Pronto hiciste amistad.

RUBEK (*secamente*).—Recordé una amistad antigua (*se levanta*). ¿Qué querías?

MAIA.—Decirte que... tú harás lo que te plazca, pero yo no te acompaño en ese triste viaje por los fiords.

RUBEK.—¿Por qué?

MAIA.—¡Porque quiero correr por los bosques y subir á lo alto de las montañas!... (*cariñosamente*). ¿Te parece bien?... ¿Accedes á ello?... Estaré muy alegre; ¡ya verás!...

RUBEK.—¿Quién te ha imbuído tan repentino amor á la tierra?

MAIA.—Él... ese maldito cazador de osos... No puedes figurarte las maravillas que refiere de los montes y de la vida en aquellas breñas!... Es horrible, espantoso, á juzgar por los episodios que cuenta... ¡Yo creo que exagera bastante!... pero es al mismo tiempo prodigiosamente seductora... ¡Di! ¿Me dejas ir con él? Sólo por saber si son verdad todas esas maravillas. ¿Me dejas ir?... (*Con zalamería.*)

RUBEK.—¡Bien, sí, Maia!... Sube á la montaña... hasta lo más alto, si te agrada... Y puedes estar allí cuanto tiempo quieras. Probablemente yo también subiré.

MAIA (*con viveza*).—No, no, no: ¡yo no te pido tanto! No quiero que por mí te molestes...

RUBEK.—Estoy decidido. Subiré á la montaña.

MAIA.—¡Oh! ¡Gracias, Arnoldo, gracias!... ¿Puedo decírselo al cazador de osos?

RUBEK.—Díselo cuando quieras.

MAIA.—¡Gracias, gracias, Arnoldo! (*Quiere acariciarlo y él se esquiva.*) ¡Estás hoy muy amable! (*Vase corriendo y entra en el hotel. En este momento, la puerta del pabellón se entreabre sin ruido, apareciendo la Enfermera, que permanece inmóvil en el dintel, observando atentamente*).

RUBEK (*acercándose á Irene, con tono resuelto*).—¡Irene, nos encontraremos en la cumbre de la montaña!

IRENE (*levantándose lentamente*).—¡Sí, Arnoldo: nos encontramos! Te busqué durante largo tiempo.

RUBEK.—¿Desde cuándo, Irene?

IRENE (*con amarga ironía*).—Desde que supe lo que te había dado... Te habia dado, Arnoldo, en aquel tiempo...

RUBEK.—Tres ó cuatro años de tu juventud. ¡Verdad cruel! (*Bajando la cabeza*).

IRENE.—¡Fuí para ti pródiga!...

RUBEK.—Sí; eras pródiga, Irene! Me diste tu adorable desnudez inmaculada...

IRENE.—Para que la contemplaras...

RUBEK.—Y la glorificase...

IRENE.—Para alcanzar tu gloria y la de «nuestro hijo».

RUBEK.—Y la tuya, Irene.

IRENE.—Pero has olvidado mi don más precioso.

RUBEK—¿El más precioso?... ¿Cuál?

IRENE.—Te dí mi alma (*mirándole fijamente*). Y al dártela, he muerto. (*La Enfermera abre completamente la puerta del pabellón para dejar paso á Irene, que entra lentamente.*)

RUBEK (*la sigue con la vista y queda despues inmóvil, mirando la puerta que se cierra*).—¡Irene!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un sanatorio en elevada meseta de la montaña. Extiéndese vasta planicie hasta un lago, rodeado de altas cumbres cubiertas de nieve. En primer término, á la izquierda, un torrente cae en múltiples chorros desde lo alto de una cortadura; formando ondulante arroyo, cruza transversalmente la planicie y se pierde por la derecha entre rocas, malezas y arbustos. Á la derecha un alto escalón de la montaña, sobre el cual hay un banco de piedra. Es un tibio atardecer del estío.

ESCENA I

RUBEK, MAIA y NIÑOS

(*A lo lejos, en la planicie, al otro lado del arroyo, varios niños juegan, cantan y bailan. Algunos visten trajes señoriles, otros atavíos campesinos. Durante la primera escena se oyen sus risas alegres, apagadas por la distancia. Rubek, con su* plaid *sobre los hombros, está sentado en el banco, viendo jugar á los niños. Un momento después, Maia aparece por entre los arbustos del segundo término izquierda. Haciéndose pantalla con la mano, mira hacia donde está sentado Rubek. Viste elegante y sencillo traje de turista, cuya falda corta deja ver el nacimiento de las piernas, calzadas con altas botas, y lleva en la mano largo bastón de alpinista.*)

MAIA.—¡Arnoldo! (*viendo á Rubek; atraviesa la planicie,*

salta el arroyo con ayuda de su bastón y trepa hasta donde se halla su marido). ¡Dios mío, lo que he corrido para encontrarte, Arnoldo!

RUBEK (*inclinando la cabeza con indiferencia*).—¿Vienes del Sanatorio?

MAIA.—Sí.

RUBEK (*mirándola un instante*).—¿Has comido en la mesa redonda?

MAIA.—No. Hemos comido al aire libre.

RUBEK.—¿Hemos?... ¿Á quién te refieres?

MAIA.—Al maldito cazador de osos.

RUBEK.—¡Ah! muy bien.

MAIA.—Mañana, al amanecer, emprenderemos la cacería.

RUBEK.—De osos, por supuesto.

MAIA.—Sí; mataremos el oso.

RUBEK.—¿Le seguís el rastro?

MAIA.—¿Aquí? (*con aire de superioridad*). No hay osos en estos picos pelados.

RUBEK.—¿No?

MAIA.—Se les encuentra solamente en la falda de la montaña, en la espesura inaccesible del bosque.

RUBEK.—¿Y á esas espesuras inaccesibles iréis mañana *los dos?*

MAIA (*sentándose sobre la hierba*).—Es cosa decidida. Á menos que vayamos esta misma noche. Si tú no te opones.

RUBEK.—¿Yo? ¡No lo quiera Dios!

MAIA (*vivamente*).—Lars nos acompaña, naturalmente... con los perros.

RUBEK.—Me importa un bledo del señor Lars y de sus perros (*cortando la conversación*). ¿Pero no quieres sentarte en el banco?

MAIA (*con aire fatigado*).—Gracias. Estoy mejor sobre la hierba húmeda.

RUBEK.—Te fatigas...

MAIA (*bostezando*).—Sí; comienzo á estar cansada.

RUBEK.—Luego lo estarás del todo...

MAIA (*soñolienta*).—Voy á dormitar aquí un ratito (*breve silencio*). ¡Por Dios, Arnoldo! ¿Cómo puedes aguantar esa algarabía de los chiquillos... esos chillidos?

(*Impaciente*).

RUBEK.—En ese estrépito de gritos y risas advierto á veces algo de armonioso... como una música viva que alegra el paisaje.

MAIA (*con risa un poco irónica*).—¡Siempre artista!

RUBEK.—No quiero dejar de serlo jamás.

MAIA (*volviéndole la espalda*).—Él no es ni pizca de artista.

RUBEK.—¿De quién hablas?

MAIA.—De ese... (*Soñolienta.*)

RUBEK.—¿Del cazador de osos?

MAIA.—Sí. No tiene nada de artista.

RUBEK.—No... (*sonriendo*). ¡Lo creo!

MAIA (*violenta y sin volverse*).—¡Y es malo. perverso!... (*arranca un puñado de hierba y la arroja lejos*). ¡Oh, tan perverso, tan perverso! ¡Brrr!...

RUBEK.—¿Y por qué le sigues, tan confiada. hasta por las espesuras de los bosques?

MAIA (*secamente*).—No lo sé. (*Volviéndose hacia su marido*). Tú también eres malo, Rubek.

RUBEK.—¿Ahora te enteras?

MAIA.—No... hace tiempo que lo sé.

RUBEK (*encogiéndose de hombros*).—¡Envejecemos, Maia, envejecemos!

MAIA.—Lo voy creyendo. En tus miradas advierto á veces un no sé qué de cansancio.

RUBEK.—¿Tú crees?

MAIA (*en tono firme*).—Poco á poco me voy convenciendo de ello Además, tus ojos adquieren una expresión extraña... Parece hasta que comienzas á odiarme.

RUBEK.—¿De veras? (*afectuoso, pero gravemente*). Siéntate á mi lado, Maia. Tenemos que hablar.

MAIA (*incorporándose*).—¿Quieres que me siente sobre tus rodillas... como en otros tiempos?

RUBEK.—No. Podrían vernos desde el hotel (*haciéndose á un lado*). Pero puedes sentarte aquí. (*En el banco.*)

MAIA.—Gracias. Para eso prefiero seguir sentada en el suelo. Te oigo bien (*interrogando con la mirada*). ¿Qué tienes que decirme?

RUBEK (*lentamente*).—¿Sabes por qué vinimos aquí este verano?

MAIA.—Decías que el viaje me sentaría muy bien. Pero...

RUBEK.—¿Pero qué?...

MAIA.—...Pero hubo otro motivo. ¿No es verdad?

RUBEK.—¿Cuál?

MAIA.—Creo que el verdadero motivo fué esa mujer pálida.

RUBEK.—¿La señora Satow?

MAIA.—Sí; esa que nos sigue constantemente. ¿No sabes que llegó ayer tarde al Sanatorio?

RUBEK (*disimulando*).—Pero ¿por qué será?...

MAIA.—¡Eh! tú la trataste íntimamente mucho antes de conocerme.

RUBEK.—Y hacía mucho tiempo que la había olvidado... cuando te conocí.

MAIA (*incorporándose*).—¿Olvidas fácilmente, Arnoldo?

RUBEK (*secamente*).—¡Oh! muy fácilmente... (*con brusquedad*) cuando quiero olvidar.

MAIA.—¿También á una amiga que te sirvió de modelo?

RUBEK (*fríamente*).—Cuando ya no la necesito, yo...

MAIA.—¿Una mujer que estaba horas enteras desnuda delante de ti?

RUBEK.—Eso no tiene importancia para un artista. (*Cambiando de tono*). ¿Y cómo, dime, iba yo á saber que estaba en este país?

MAIA.—Pudiste encontrar su nombre en las listas de veraneantes en los periódicos.

RUBEK.—Su nombre no me hubiera dicho nada. Jamás había oído hablar de la señora Satow.

MAIA.—Entonces será otro motivo el que te decidió á emprender este viaje.

RUBEK (*gravemente*).—Sí, Maia; tuve otro motivo. Y de esto debemos hablar.

MAIA.—¡Dios mío! ¡qué tono tan solemne! (*Conteniendo la risa.*)

RUBEK (*mirándola*).—¡Sí, quizá demasiado solemne!

MAIA.—¿Qué vas á decirme?

RUBEK.—Algo que pudiera ser bueno para ti y para mí.

MAIA.—Excitas mi curiosidad.

RUBEK.—¿Sólo tu curiosidad?... ¿Y un poco de inquietud?...

MAIA.—Ni pizca.

RUBEK.—Bien. Escucha... Me decías, allá en nuestra casa que desde hacía algún tiempo yo estaba muy nervioso...

MAIA.—Es verdad.

RUBEK.—¿Y cuál era la causa de mi estado?

MAIA.—¿Cómo voy á saberlo? (*vivamente*). ¿Te cansa vivir constantemente á mi lado?

RUBEK.—¿Constantemente?... Di eternamente.

MAIA.—Sí; estás cansado de esta vida... á mi lado; siempre los dos solos: cuatro ó cinco años en que no nos hemos separado ni una hora...

RUBEK (*con interés*).—Sí, sí... sigue.

MAIA.—No te agrada la sociedad, Arnoldo. Prefieres vivir á solas con tus pensamientos. Además, yo no sé hablarte de lo que te absorbe... del arte (*con un gesto de indiferencia*). ¡Que á mí, en verdad, no me interesa!

RUBEK.—Sí... sí... Por eso en nuestras largas veladas, junto á la chimenea, charlamos solamente de lo que te interesa.

MAIA.—¡Si á mí no me interesa con especialidad nada!

RUBEK.—Son cosas insignificantes, nonadas, es cierto. Pero, al menos, hablando de ellas pasamos el tiempo.

MAIA.—Tienes razón. Pasa el tiempo. ¡Y hasta comienza á huir, Arnoldo!... Y esto es precisamente lo que te tiene inquieto...

RUBEK (*con un gesto enérgico de asentimiento*).—¡Sí; in-

quieto, atormentado! (*retorciéndose*). ¡Ah! No podía soportar por más tiempo esta miserable vida.

MAIA (*se levanta y queda un instante inmóvil, mirando fijamente á Rubek*).—¿Quieres librarte de mí? No tendrás que decir más que una palabra.

RUBEK.—¿Qué lenguaje es ese? ¿Librarme de ti?...

MAIA.—Sí; si estás harto de mí, dilo con franqueza, y me iré al instante.

RUBEK (*con una sonrisa casi imperceptible.*—¿Es una amenaza, Maia?

MAIA.—En todo lo que acabo de decirte, no hay nada que te pueda sorprender.

RUBEK (*levantándose*).—No. Tienes razón (*después de una pausa*). Esta vida no nos conviene ni al uno ni al otro. No puede continuar.

MAIA.—Lo dicho, dicho está, Arnoldo.

RUBEK.—No está dicho nada (*acentuando mucho cada palabra*). El no poder vivir solos el uno y el otro no es bastante para separarnos.

MAIA.—¿Ni siquiera un poco? (*Irónica.*

RUBEK.—No.

MAIA.—Entonces... ¡Vamos! Explícate. ¿Cuáles son tus propósitos?

RUBEK (*algo excitado*).—Siento ahora vivamente, cruelmente... la necesidad de un ser unido íntimamente á mí.

MAIA (*interrumpiéndole atenta é inquieta*).—Un ser... ¿que no soy yo?

RUBEK.—Por lo menos como yo lo entiendo. Querría vivir con un ser que, por decirlo así, se compenetrara conmigo... que me completase... que se fundiera en mí... que viviera mi propia vida.

MAIA (*lentamente*).—Tarea muy difícil para mí, y que yo no sabría realizar.

RUBEK.—En efecto, Maia; creo que ni debes intentarlo.

MAIA (*riendo sin alegría*).—¡No pienso en tal cosa, te lo aseguro!

RUBEK.—Estoy de ello convencido. Y no pensé nunca, uniéndote á mí, en que me prestaras una especie de *concurso vital.*

MAIA (*observándole*).—Veo en tu rostro que piensas en otra.

RUBEK.—¿Sí? No creí que tuvieras el don de leer los pensamientos.

MAIA.—Ya ves que leo los tuyos.

RUBEK.—En ese caso, podrás también leer quién es la...

MAIA.—Seguramente.

RUBEK.—¿Quieres decirme?

MAIA.—Piensas en cierta... en cierta modelo que utilizaste algún día... (*cambiando súbitamente el rumbo de su pensamiento*). ¿Sabes que en el Sanatorio creen que está loca?

RUBEK.—¿De veras?... ¿Y qué dicen en el Sanatorio de ti y del cazador de osos?

MAIA.—Eso no es del caso (*volviendo á su tema*). Tú piensas á todas horas en esa mujer pálida.

RUBEK (*con franqueza*).—En efecto, en ella pienso. Cuando dejé de necesitarla... y se alejó de mí... para desaparecer...

MAIA.—...¿Me tomaste como una distracción?

RUBEK (*cada vez con menos miramiento*).—Francamente, Maia; algo hubo de eso. Había estado un año... año y medio, viviendo solo, á solas con mis pensamientos... y había dado los últimos toques á mi obra... *El día de la Resurrección* aparecía en el mundo y me hacía famoso (*con más calor*). Pero ya no amaba mi obra. Las flores y el incienso de la gloria que por ella me prodigaron me sofocaban, me exasperaban, despertaban en mí un loco deseo de huir, de ocultarme en la espesura de los bosques (*mirándola*). Tú que sabes leer los pensamientos... ¿puedes adivinar la idea que entonces se me ocurrió?

MAIA (*desdeñosa*).—Sí; la de hacerte rico modelando bustos.

RUBEK (*inclinando la cabeza*).—Cobraba caros, sí, los retratos. Pero daba gratis al retratado los rasgos del animal doméstico que descubría en su cabeza, y que disimulaba en aquellas obras de ironía (*sonriendo*). Pero no se trata de eso.

MAIA.—¿De qué, entonces?

RUBEK (*recobrando la seriedad*).—De que todo, mi vocación artística, mi talento, mis obras mismas.... todo me parecía vano, mezquino, insignificante.

MAIA.—¿Y qué anhelabas hallar?

RUBEK.—¡La vida, Maia!

MAIA.—¡La vida!

RUBEK.—Sí; vivir al sol, su contacto incesante con la hermosura de la Naturaleza, pacífico, libre de cuidados... No consumir los días en el taller, moldeando barro ó cincelando piedra.

MAIA (*sonriendo levemente*).—Eso mismo pensé muchas veces.

RUBEK.—Y además, que era ya bastante rico para vivir en la opulencia y dejar al sol derramar sobre mi pereza su lumbre enervadora. Me sobraba dinero para construir un hotel en las orillas del lago Taunitz y un palacio en la capital...

MAIA.—Y en fin, tenías los medios de comprarte una esposa como yo y de mostrarme todos tus tesoros.

RUBEK (*volviendo á echarlo de broma*).—¿No te había prometido llevarte hasta la cumbre de la montaña más alta y mostrarte desde allí todos los esplendores de la tierra?

MAIA (*dulcemente*).—¡Oh! ¡Tal vez me llevaste á la alta cumbre de una montaña, Arnoldo... pero no me mostraste todos los esplendores de la tierra!

RUBEK (*con sonrisa provocativa*).—¡Eres descontentadiza, Maia; muy descontentadiza!... (*Violentamente*). ¿Pero tú sabes lo que causa mi desesperación? ¿Lo sabes?

MAIA (*con voz tranquila y desafiadora*).—Sí. Estar unido á mí para siempre.

RUBEK.—Palabras de desamor que yo no hubiera pronunciado jamás.

MAIA.—Pero las piensas.

RUBEK.—Tú no tienes idea clara de lo que es un artista, visto por dentro.

MAIA (*sonriendo y bajando la cabeza*).—¡Dios mío! No sé ni lo que yo misma soy, vista por dentro, como tú dices.

RUBEK (*siguiendo el curso de sus ideas*).—¡Yo vivo de prisa, Maia! ¡Los artistas vivimos de prisa!... Yo he vivido una vida entera en el espació de los pocos años que estamos casados... Estoy convencido de que para mí la felicidad no consiste en el *dolce far niente*. Para mí y para los artistas como yo, jamás está cumplido el objeto de nuestra vida. Necesito trabajar, dedicarme á mi obra hasta el fin de mis días (*trabajosamente*). Y ahí tienes por qué, Maia, no puedo seguir viviendo sin tener á mi lado más que á ti sola.

MAIA (*tranquilamente*).—En estos términos: que estás cansado de mí.

RUBEK.—¡Sí! ¡Estoy cansado, irremediablemente cansado de nuestra solitaria vida matrimonial! ¡Me agobia y me destruye! Ya lo sabes todo. Es muy duro decírtelo; lo comprendo y... lo siento. Tú no tienes nada que reprocharte... Estoy convencido plenamente. Soy yo, yo solo, que acabo de sufrir una evolución... que he despertado á mi verdadera vida.

MAIA.—Pero, por Dios, si es así, ¿por qué no nos separamos?

RUBEK (*mirándola sorprendido*).—¿Lo querrías?

MAIA (*encogiéndose de hombros*).—¡Dios mío; si no hay otra solución!...

RUBEK (*vivamente*).—Pero sí la hay. Todo puede conciliarse...

MAIA.—¡Tú piensas constantemente en esa mujer pálida!

RUBEK.—Francamente, sí; desde que la he vuelto á encontrar, no puedo apartarla de mi pensamiento... (*acercándose á Maia*). Porque es preciso que te confíe, Maia...

MAIA.—¿Qué?

RUBEK (*golpeándose el pecho*).—Tengo aquí un relicario en el que guardo todos mis sueños, todos mis ideales de artista. Desde el día en que ella desapareció, mi relicario espiritual está cerrado. Ella se llevó la llave, y tú, Maia, no has sabido abrirle. El tesoro que encierra, en él yace infecundo. ¡Y los años pasan! ¡Y el pasado no vuelve!

MAIA (*disimulando una sonrisa sarcástica*).—Pídele que lo abra...

RUBEK (*dudando del sentido de las palabras de Maia*).—¡Maia!

MAIA.—Puesto que está aquí... ¿Ha venido tal vez en busca de tu relicario?

RUBEK.—Jamás le hablé de él.

MAIA (*mirando inocentemente*).—Pero, querido Arnoldo, ¿á qué tantos rodeos y tantas explicaciones para una cosa tan sencilla?

RUBEK.—¿De veras te parece sencilla?

MAIA.—Sí. Tú te unes á la que más te convenga (*bajando la cabeza*). ¡En cuanto á mí!... No ha de faltarme aire ni sol.

RUBEK.—¿Qué dices?

MAIA.—¡Eh! ¡Yo podría irme sola á nuestra villa!... Y ni aun esto es necesario. En nuestra villa, en nuestro gran palacio, podríamos, con un poco de buena voluntad, instalarnos cómodamente, sin vernos casi, los tres.

RUBEK.—¿Y crees que esa extraña situación podría durar mucho?

MAIA.—¡Dios mio! (*sinceramente*). Si no dura, se acabará.

RUBEK.—¿Y qué haremos cuando se acabe?

MAIA (*negligentemente*).—Irnos cada uno por su lado. Yo sabría descubrir algún rincón desconocido en donde vivir libre. ¡Libre, libre!... No se preocupe por eso el glorioso maestro Arnoldo Rubek. (*Señalando hacia la derecha*). ¡Mira! Ahí está.

RUBEK (*volviéndose*).—¿Dónde?

MAIA.—Allí, en la meseta. Se desliza... como las blancas sombras de las leyendas. Viene hacia aquí.

RUBEK (*mirando con afán, hablando consigo mismo*).—Dijérase que es *La Resurrección* misma... ¡Y es ella de quien he huído! ¡es la que hundí en la sombra! ¡es la que transformé!.. ¡Ah, qué loco he sido!

MAIA.—¿Qué piensas?

RUBEK.—¡Nada! Nada que tú puedas comprender.

ESCENA II

DICHOS é IRENE

(Irene aparece por la derecha, cruzando la planicie. Los niños, que la han visto llegar, corren hacia ella y la rodean. Unos se aproximan gozosos y confiados: otros se quedan rezagados, tímidos é inquietos. Irene les habla dulcemente y les aconseja que bajen al Sanatorio, mientras ella descansa un rato al borde del torrente. Los niños se van, jugando, por la izquierda. Irene se acerca al barranco y refresca sus manos en el agua del torrente.)

MAIA (*muy quedo*).—Baja, Arnoldo, y háblale.

RUBEK.—¿Dónde irás entretanto?

MAIA.—Iré por mi camino (*mirándole intencionadamente. Baja al barranco y salta el arroyo ayudándose con un bastón de alpinista. Se aproxima á Irene*). El profesor Rubek está allí arriba, y la espera, señora.

IRENE.—¿Qué me quiere?

MAIA.—Pedir á usted ayuda para abrir un relicario misterioso.

IRENE.—¿Puedo ayudarle?

MAIA.—Él pretende que sólo usted es capaz de abrirlo.

IRENE.—Si es así, lo intentaré.

MAIA.—Sí, pruebe usted, señora.

(Vase por el camino del Sanatorio.)

ESCENA III

IRENE y RUBEK

Rubek baja hasta el fondo del torrente y se detiene frente á Irene, que está en la otra orilla.)

IRENE.—Me dijo Maia que me esperabas. (*Después de una pausa.*)

RUBEK.—¡Te esperé tantos años!...

IRENE.—No podía venir á ti, Arnoldo. Dormía allá abajo... un sueño profundo, largo, poblado de fantasmas.

RUBEK.—¡Pero ya despertaste, Irene!

IRENE (*bajando la cabeza*).—Tengo aún los ojos cargados de sueño.

RUBEK.—No importa. Amanece de nuevo nuestro día; el mundo se llenará de luz para nosotros.

IRENE.—No lo esperes.

RUBEK (*insistiendo*).—¡Sí, espero! Estoy seguro, ahora que que he vuelto á encontrarte...

IRENE.—Resucitada.

RUBEK.—¡Transfigurada!

IRENE.—No, Arnoldo; resucitada. No hubo transfiguración.

RUBEK (*se acerca á Irene, atravesando el torrente, saltando de piedra en piedra*).—¿Qué hiciste hoy, Irene?

IRENE (*señalando la planicie desierta*).—Estuve lejos, muy lejos; en las tierras muertas.

RUBEK.—Observo que tu... amiga no viene contigo.

IRENE (*sonriendo*).—Mi... amiga no aparta sus ojos de mí.

RUBEK.—¿Nunca?

Irene (*mirando en derredor*).—Nunca. Créeme, jamás me pierde de vista (*bajando la voz*). Hasta que un día la mate...

Rubek.—¿Quieres matarla?...

Irene.—Con toda mi alma. Quiero matarla para...

Rubek.—¿Para qué?

Irene.—Para disipar sus sortilegios (*misteriosamente*). Figúrate, Arnoldo, que ella se ha convertido en mi sombra.

Rubek (*tratando de calmarla*).—¡Bah! Todos tenemos la nuestra.

Irene.—Yo soy mi propia sombra. ¿No lo comprendes?

Rubek (*con tristeza*).—Sí, sí, Irene, lo comprendo. (*Se sienta sobre una roca al borde del torrente. Ella sigue en pie, á su espalda, apoyada en el acantilado.*)

Irene (*después de una pausa*).—¿Por qué no me miras?

Rubek (*dulcemente, moviendo la cabeza*).—No me atrevo á mirarte... no me atrevo.

Irene.—¿Por qué no te atreves... ahora?

Rubek.—Te atormenta una sombra, Irene: á mí la conciencia.

Irene (*con íntimo gozo*).—¡Al fin!

Rubek.—¿Irene... qué tienes? (*Gozoso.*)

Irene.—¡Chist! ¡chist!... ¡Calma, calma! (*respirando profundamente, como librándose de un gran peso*). ¡Ah! ¡Me han soltado!... Ahora podemos sentarnos juntos y charlar... como antes... ¡como entonces!

Rubek.—¡Oh! ¡Si pudiéramos charlar como antes... como entonces!

Irene.—Estate quieto. Voy á sentarme á tu lado (*él le hace sitio; ella se sienta á su lado. Una pausa*). Heme aquí, Arnoldo. He vuelto á ti desde los últimos confines de la tierra.

Rubek.—Sí; has vuelto de un largo viaje... muy largo.

Irene.—Vuelvo á la casa de mi dueño y señor.

Rubek.—Vuelves á nuestro mundo, Irene... á un mundo que es sólo tuyo y mío.

Irene.—¿Me esperabas siempre?

Rubek.—¿Cómo iba á esperarte?

Irene.—Es cierto. No podías esperarme. No sabías nada.

Rubek.—¿Me dejaste por otro?

Irene.—¿Por qué no por ti mismo, Arnoldo?

Rubek (*mirándola sorprendido*).—¡No te entiendo!

Irene.—Cuando acabé de servirte con mi cuerpo y con mi alma, y tu obra—«nuestro hijo» la llamábamos—estuvo concluída... puse á tus pies mi ofrenda más preciosa y huí para siempre.

Rubek (*bajando la cabeza*).—¡Dejándome la vida sin vida!

Irene (*súbitamente*).—¡Es lo que yo quería!... ¡Después de crear «nuestro hijo», no debías volver á crear obra alguna jamás!

Rubek.—¿Tenías celos?

Irene.—Quizá odio. (*Fríamente.*)

Rubek.—¿Odio?... ¿Contra mí?

Irene (*violenta*).—Sí, contra ti... contra el artista, que con sus manos hábiles cogió indiferente un cuerpo palpitante de juventud y de vida y le arrancó el alma para crear su obra maestra.

Rubek.—¿Y eres tú quien así habla... tú, cuyas ardientes intuiciones, cuyo ardor sagrado inspiró mi trabajo? ¡aquel trabajo que nos juntaba todas las mañanas como para rezar unidos la oración matutina!

Irene (*fría*).—Voy á decirte una cosa, Arnoldo.

Rubek.—Habla.

Irene.—No amé jamás tu arte antes de conocerte, ni después.

Rubek.—¿Y al artista, Irene?

Irene.—Al artista le odio.

Rubek.—Al artista... ¿qué hay en mí?

Irene.—Precisamente cuando me presentaba á tus ojos desnuda, te odiaba, Arnoldo.

Rubek (*con violencia*).—¡Eso no es verdad, Irene! ¡No es verdad!

Irene.—Te odiaba... porque no veía en ti ni emoción ni deseo.

RUBEK (*sonriendo*).—¿Ni emoción, ni deseo?... ¿Eso crees?

IRENE.—Al menos conservabas un dominio sobre ti... exasperante. No eras más que un artista, nada más que un artista. ¡No eras un hombre! (*cambiando de tono, con voz emocionada*). Cuando de la masa de barro, blanda y dócil, comenzó á surgir la estatua bajo tus manos ágiles, yo sentí hacia ella amor indefinible: amor que iba creciendo á medida que la materia bruta se transformaba en la ideal figura, en la viviente creación de tu arte, en el hijo, en nuestro hijo, tuyo y mío.

RUBEK (*con profunda tristeza*).—Puse en ella mi alma.

IRENE.—Pues por esa obra, por nuestro hijo, emprendí un día mi larga peregrinación.

RUBEK.—¿Por aquella obra?

IRENE.—Yo la sigo llamando «nuestro hijo».

RUBEK (*inquieto*).—¿Quisieras verla? ¿Verla terminada?... ¿Labrada en mármol, en aquel mármol que tú encontrabas siempre tan frío? (*vivamente*). ¿No sabes que está en un museo, muy lejos?

IRENE.—Su fama llegó hasta mí.

RUBEK.—Tú siempre tuviste horror á los museos... Los llamabas sepulcros.

IRENE.—Sí; quiero ir adonde están enterrados mi alma y el hijo de mi alma.

RUBEK (*ansioso, angustiado*).—¡Irene, no hace falta que vuelvas á ver aquella estatua! ¡No quiero que la veas!... ¡Te lo suplico! ¡No la veas! ¡No! ¡Jamás!

IRENE.—¿Crees que si la viera volvería á morir?

RUBEK.—¡Ah! ¡Quién creyera!... ¿Cómo pensar que guardarías tal cariño á aquella obra?... ¿Por qué te fuiste antes de verla terminada?

IRENE (*sorprendida*).—Estaba terminada. Por eso huí.

RUBEK (*con los codos sobre las rodillas y el rostro entre las manos*).—¡No era entonces todavía lo que fué después!

IRENE (*saca súbitamente un estilete que lleva oculto, y dice muy bajo, con la voz enronquecida*).—Arnoldo... ¿Qué has hecho de «nuestro hijo»?

RUBEK (*evasivamente*).—¿Qué hice?...

IRENE.—¡Por mi vida, dime qué has hecho de «nuestro hijo»!

RUBEK.—Te lo diré, Irene, si quieres escucharme tranquila.

IRENE (*guardando el estilete*).—Te escucharé con toda la tranquilidad con que una madre...

RUBEK (*interrumpiéndola*).—Y no me mires mientras te hablo.

IRENE (*yéndose á sentar sobre una roca á espaldas de Rubek*).—Me sentaré detrás de ti. Habla.

RUBEK (*apartando las manos del rostro y mirando vagamente hacia la lejanía*).—El día que te conocí, adiviné cuánto me servirías para mi obra soñada... mi obra maestra.

IRENE.—La que llamaste *El día de la Resurrección*. La que yo llamo «nuestro hijo».

RUBEK.—Era yo joven; la vida para mí desconocida. Pensaba que no podría dar á *La Resurrección* una forma más bella, más luminosa que la de una virgen—no mancillada por nada terrenal—que despertaba triunfante á la dicha infinita, sin tener que desprenderse de ninguna impureza.

IRENE (*vivamente*).—Sí; ¿y así aparezco yo en nuestra obra?

RUBEK (*excitado*).—No del todo.

IRENE (*con inquietud creciente*).—¿No del todo? ¿No aparece como yo me ofrecí á tus ojos?

RUBEK (*sin responder*).—Aprendí á conocer el mundo en los años que siguieron á tu desaparición, Irene. *El día de la Resurrección* adquirió en mi pensamiento mayor complejidad. El pedestal que sostenía tu imagen esbelta y solitaria no podía sustentar todo mi nuevo ensueño.

IRENE (*va á sacar el estilete, pero se contiene*).—¿Qué ensueño? ¡Di!

RUBEK.—En el pedestal encarné lo que vieron mis ojos en el mundo que me rodeaba. Era preciso añadir á mi obra aquellas impresiones. Era preciso... y agrandé el pedestal. Es ahora un pedazo del globo terrestre, resquebrajado, y por las profundas hendiduras salen amontonados, empujándose, atro-

pellándose hombres y mujeres, una muchedumbre en cuyos rostros se adivinan los rasgos de bestias feroces y bestias mansas, tales como la vida me los ha mostrado.

IRENE (*anhelante*).—¿Pero en medio de esa muchedumbre aparece la virgen radiante, transfigurada? Mi figura sobre todas, ¿no es verdad, Arnoldo?

RUBEK (*evasivamente*).—Sobre todas, sí. Pero un poco más atrás. El efecto lo exigía. Si no tu imagen hubiera eclipsado á las otras.

IRENE.—¿Pero la dicha infinita, la belleza inmaculada sigue resplandeciendo en mi rostro transfigurado?

RUBEK.—Sí, Irene, sí. Mas un poco desvanecida, vaga... como lo exige el nuevo pensamiento de la obra.

IRENE (*levantándose sin que Rubek lo advierta*).—Tu escultura expresa la vida como tú la ves ahora.

RUBEK.—Sin duda.

IRENE.—Y mi imagen ha quedado en el último término. (*Saca de nuevo el estilete.*)

RUBEK.—No; no en el último término... ni en el primero. Es una figura intermedia...

IRENE (*bajo, con voz ronca*).—¡Acabas de pronunciar tu sentencia de muerte! (*Va á herirle.*)

RUBEK (*volviéndose y mirándola*).—¿Mi sentencia de muerte? ¿Qué dices?

IRENE (*guarda vivamente el estilete y dice con acento dolorido*).—¡Mi alma entera... nuestras almas y la de «nuestro hijo»... todo vivía en aquella figura solitaria!

RUBEK (*vivamente, quitándose bruscamente el sombrero y enjugándose la frente bañada en sudor*).—¡Sí! pero oye cómo me representé á mí mismo en el grupo atormentado. En el primer término, un hombre está sentado junto á una fuente, como yo estoy ahora; encorvado bajo el peso de un error, no puede desprenderse de la tierra. Yo llamo a esta figura «el remordimiento de una vida perdida». El hombre hunde sus manos en el agua para lavar la mancha indeleble y es torturado por la terrible certidumbre de que no ha de lograrlo

jamás. ¡La eternidad no bastará para borrar sus impurezas, para librarle del infierno en que está encadenado!

IRENE.—¡Poeta! (*Dura y fríamente.*)

RUBEK.—¿Por qué me llamas poeta?

IRENE.—Porque eres débil, vacilante, lleno de indulgencia para tus errores. Asesinaste mi alma... y en seguida esculpiste tu propia imagen en actitud de arrepentimiento, de confesión, de penitencia... (*sonriendo*). Con esto creíste que todo estaba perdonado, que yo no podía pedirte cuentas.

RUBEK (*con leve tono de reto*).—Yo soy un artista, Irene, y no me avergüenzo de mis debilidades; no podré nunca librarme de ellas. Porque yo nací artista... y jamás seré más que un artista.

IRENE (*le mira, y disimulando una sonrisa irónica dice con dulzura*).—Tú eres un poeta, Arnoldo (*acariciándole los cabellos*). ¡Mi niño grande!... ¿cómo no lo comprendes?

RUBEK.—¿Por qué insistes en llamarme poeta?

IRENE.—Porque hay en esa palabra una excusa, una absolución... que borra todas tus faltas (*cambiando súbitamente de tono*). ¡Pero yo era un ser humano! Tenía una vida entera que vivir, un destino que cumplir. Y renuncié á todo por ti... ¡Ah! Fué un suicidio, un crimen contra mí misma (*bajando la voz*). ¡Y ese crimen no acabaré nunca de expiarlo! (*se sienta de nuevo al lado de Rubek, al borde del torrente; le envuelve en una mirada, de que él no se apercibe, y con un movimiento casi instintivo arranca flores de unos espinos que crecen entre las rocas*). Yo debí dar hijos al mundo... muchos hijos... verdaderos hijos de carne, y no de esos de mármol que se guardan en los sepulcros. Era mi vocación. ¡Jamás debí servirte, poeta!

RUBEK (*hundiéndose en las recuerdos*).—Eran hermosos, muy hermosos aquellos días, Irene... ¡Cuando los recuerdos...

IRENE (*mirándole dulcemente*).—¿Te acuerdas de una frase que me dijiste cuando tu obra estuvo concluída (*bajando la cabeza*). ¿Te acuerdas?

RUBEK (*interrogándola con la mirada.*—¿Una frase que te dije.... y que aun recuerdas?...

IRENE.—Sí, Arnoldo.

RUBEK.—No; no recuerdo...

IRENE.—Me cogiste las manos y las estrechaste dulcemente entre las tuyas. Yo te miraba anhelante. «Gracias—me dijiste—, gracias, Irene. Ha sido éste para mí un episodio encantador.»

RUBEK (*con aire de duda*).—¿Te dije «un episodio»? Es una palabra que no suelo usar.

IRENE.—Dijiste «un episodio».

RUBEK.—Es fácil... Fué aquello, en verdad, un encantador episodio.

IRENE.—Por esa palabra decidí huir.

RUBEK.—¡Lo interpretas todo cruelmente, Irene!

IRENE (*pasándose la mano por la frente*).—Tienes razón. Desechemos todo lo que nos hace sufrir (*deshoja una flor de espino y arroja los pétalos al torrente*). Mira: nuestros pájaros que nadan.

RUBEK.—¿Qué pájaros son esos?

IRENE.—¿No los conoces? Gaviotas.

RUBEK.—Las gaviotas vuelan sobre los mares.

IRENE.—Pues si no son gaviotas, serán patos.

RUBEK.—Sí; patos blancos (*arranca de las breñas un puñado de hojas y las arroja al agua*). Lanzo mis barcos en su persecución.

IRENE.—Pero tus barcos no llevan cazadores.

RUBEK.—No, es verdad: no llevan cazadores... (*sonriendo*). ¿Te acuerdas de aquel verano en que íbamos á sentarnos delante de aquella cabaña florida, á la orilla del lago Taunitz?

IRENE (*inclinando la cabeza*).—Sí: los sábados, en cuanto concluía el trabajo...

RUBEK.—Tomábamos el tren y estábamos en el campo todo el domingo.

IRENE (*con una mirada de odio*).—¡Era un episodio, Arnoldo!

RUBEK (*como si no hubiera entendido*).—Entonces arrojabas también tus aves á un torrente. Eran hojas de nenúfar.

IRENE.—Mis cisnes.

RUBEK.—Sí; cisnes blancos. Recuerdo que uno quedó sujeto á una ancha hoja que flotaba.

IRENE.—Y parecía la barca de Lohengrin, tirada por el cisne.

RUBEK.—¡Cómo te divertía aquel juego, Irene!

IRENE.—Lo repetimos con frecuencia.

RUBEK.—Todos los domingos de aquel verano.

IRENE.—Decías que yo era el cisne que arrastraba tu barca.

RUBEK.—¿Yo decía eso? ¡Es posible! (*absorto*). Mira, mira, Irene, cómo nadan tus patos.

IRENE.—Y tus barcos zozobran. (*Riendo.*)

RUBEK.—Tengo reservas (*arranca más hojas y las arroja al agua, siguiéndolas con la mirada. Una pausa*). ¿Sabes, Irene? Compré la cabaña del lago Taunitz.

IRENE.—¡Ah! ¿la compraste? Decías siempre que la comprarías en cuanto tuvieras dinero.

RUBEK.—Como ahora me sobra...

IRENE.—¿Y la habitas?...

RUBEK.—No. Hice derribar la cabaña y construir en el mismo sitio una casa de campo... rodeada por un gran parque. En ella acostumbramos... acostumbro á pasar el verano...

IRENE.—¿Con tu mujer?

RUBEK.—Sí, con mi mujer... los veranos en que no viajamos, como éste.

IRENE (*mirando vagamente*).—¡Qué feliz vida era aquella... á la orilla del lago Taunitz!

RUBEK.—Y sin embargo, Irene...

IRENE.—Y sin embargo, no pudimos hacer que durase aquella vida tan dichosa.

RUBEK (*con insistencia*).—¿Será ya tarde para renovarla?

IRENE (*no responde. Permanece un momento silenciosa. Después señala hacia la planicie*).—Mira, Arnoldo: el sol se hunde

tras la blanca línea ondulada de la cumbre. Sus rayos rojizos visten de fuego los matorrales.

RUBEK (*contemplando la puesta del sol*).—Hace mucho tiempo que no he visto una puesta de sol en el campo.

IRENE.—¿Y un amanecer?

RUBEK.—Creo que no lo he visto nunca.

IRENE (*sonriendo dulcemente; evocando recuerdos lejanos*).—Yo vi un día una espléndida salida de sol.

RUBEK.—¿Sí? ¿Dónde?

IRENE.—En la cima de una montaña altísima... Tú me habías llevado, prometiendo mostrarme desde allí todos los esplendores de la tierra, si quería...

RUBEK.—¿Si querías?... ¡Acaba!

IRENE.—Lo que deseabas hice. Te seguí hasta la cumbre de la montaña, y me postré ante ti... y te adoré. Te serví (*una pausa. Bajando la voz*). Ese fué mi amanecer.

RUBEK (*cambiando de tema*).—¿Querrías acompañarnos y vivir con nosotros en nuestra casa de campo?

IRENE (*sonriendo irónica*).—¿Contigo y con... ella?

RUBEK (*insistiendo*).—Conmigo... como en aquellos días. Tú abrirías mi espiritual relicario, el arca cerrada de mis ilusiones dormidas. ¿Querrías, Irene?

IRENE.—¡No tengo la llave, Arnoldo!

RUBEK.—¡Sí, tú la tienes! ¡Tú sola la tienes!... (*suplicante*). ¡Ven en mi ayuda, Irene!... ¡Vuélveme á la vida!

IRENE (*impasible*).—¡Vanos sueños, esperanzas vanas!... ¡Para nuestra dicha muerta no hay resurrección!

RUBEK (*una pausa. En tono breve*).—¡Volvamos á nuestros juegos!

IRENE.—¡Sí... sólo á nuestros juegos! (*Arrancan flores y hojas de los arbustos que crecen entre las rocas y las arrojan á la corriente.*)

ESCENA IV

DICHOS, MAIA, ULFHEIN y LARS

(*Aparecen por la derecha Ulfhein y Maia, en traje de caza, seguidos de Lars, que lleva atraillados los perros. Aquéllos se detienen; Lars sigue hacia la izquierda.*)

RUBEK (*viendo á su esposa y al cazador*).—¡Mira! Ahí están Maia y el cazador de osos.

IRENE.—Tu... compañera.

RUBEK.—La compañera del otro.

MAIA (*se aproxima á la cortadura por donde se despeña el torrente, ve á Rubek é Irene en el fondo, y grita*).—¡Buenas tardes! ¡Señor Rubek, no me olvide usted! Yo sigo mi aventura.

RUBEK.—¿Qué aventura? (*Gritando.*)

MAIA.—¡Buscar la vida! ¡La verdadera vida!

RUBEK (*irónico*).—¿También tú?

MAIA.—¡Yo también! Y he compuesto una canción. Escucha:

Escapé de mi jaula.
No tengo dueño.
Libre, libre en el aire
mis alas tiendo.

¡Sí, sí; al fin he despertado!

RUBEK.—En pleno aire.

MAIA (*respirando con afán*).—¡El más hermoso despertar!

RUBEK.—¡Buenas tardes, Maia... y buena suerte!

ULFHEIN.—¡Quiere usted callar! ¡Quiere usted atraernos la mala suerte con esas voces tan estentóreas!

MAIA.—¿Superstición de cazador?

ULFHEIN.—¡Lo que sea!... ¡Vamos, vamos!

RUBEK.—¿Qué me traerás de la cacería, Maia?

MAIA.—Un ave de rapiña. Le romperé un ala de un balazo.

RUBEK (*con sonrisa sarcástica*).—Sí; romper las alas... Sabes hacerlo.

MAIA.—¡Bah!... Déjame hacer lo que quiera en adelante (*encogiéndose de hombros*). ¡Adiós! Te deseo una noche deliciosa. (*Con risa maligna.*)

RUBEK (*placentero*).—¡Gracias! ¡Y yo mala suerte á vosotros!

MAIA (*riendo*).—¡Gracias, señor profesor, gracias! (*Atraviesa la parte visible de la meseta y desaparece, seguida de Ulfhein, por la derecha.*)

ESCENA V

IRENE y RUBEK; luego la ENFERMERA

RUBEK (*después de una pausa*).—¡Sí; una noche deliciosa en la montaña!... ¡Vivir!

IRENE (*súbitaments*).—¿Quieres pasar una noche en la montaña conmigo?

RUBEK (*extendiendo los brazos*).—¡Sí, sí... ven!

IRENE.—¡Oh, mi amado, mi dueño!

RUBEK.—¡Irene!

IRENE (*con la voz enronquecida, llevándose una mano al pecho, temblorosa.*)—No será más que un episodio... (*vivamente*). ¡Chist!... Arnoldo, no vuelvas la cabeza. (*La Enfermera ha aparecido entre las breñas de la derecha.*

RUBEK (*bajando la voz*).—¿Qué hay?

IRENE.—¡Una sombra negra que me mira!

RUBEK (*volviéndose instintivamente*).—¿Dónde? ¡Ah! (*Viendo á la Enfermera.*)

IRENE (*levantándose y con voz entrecortada*).—Es preciso que nos separemos. ¡No! Quédate aquí. ¿Entiendes? Tú no debes seguirme (*inclinándose sobre Rubek para hablarle al oído*). ¡Hasta luego!... ¡Esta noche!... ¡En la montaña!

RUBEK.—¿Vendrás, Irene?

IRENE.—¡Vendré!... ¡Espérame aqui!

RUBEK (*como entre sueños*).—Una noche en la montaña... contigo... contigo... (*la mira apasionadamente*). ¡Oh, Irene!... ¡Esta es la vida... y la habíamos destruído!

IRENE.—Lo irreparable no aparecerá á nuestros ojos, hasta... (*Se interrumpe.*)

RUBEK.—¿Cuándo?

IRENE.—Cuando resucitemos de entre los muertos.

RUBEK.—¿Y qué veremos entonces? (*Moviendo tristemente la cabeza.*)

IRENE.—Veremos... que no hemos vivido.

(*Irene desaparece por la izquierda lentamente. La Enfermera la deja pasar y marcha tras ella. Rubek se queda sentado al borde del torrente.*)

MAIA (*dentro, canta*):

Escapé de mi jaula.
No tengo dueño.
Libre, libre en los aires
mis alas tiendo.

TELÓN LENTO

ACTO TERCERO

Vasta meseta en lo alto de la montaña, cortada por profundas grietas, peñas abruptas y precipicios. Á la derecha, las cimas cubiertas de nieve se pierden entre las nubes. Á la izquierda, en una cortadura, hay una choza en ruinas. Alborea.

ESCENA I

MAIA y ULFHEIN

(*Maia, con el rostro encendido, baja á la cortadura en que se halla la choza arruinada. Ulfhein la sigue, medio enfadado, medio risueño, sujetándola fuertemente por un brazo.*)

MAIA (*procurando desasirse*).—¡Déjeme! ¡Le digo que me deje!

ULFHEIN.—¡Vamos, vamos; no le falta más que morder!...

MAIA (*pegándole en la mano que la sujeta*).—¿Quiere usted dejarme y estarse quieto?

ULFHEIN.—¡Es claro que no quiero!

MAIA.—Entonces no doy un paso más con usted. ¿Entiende? ¡Ni un paso más!

ULFHEIN.—¡Oh, oh! ¿Qué haría usted sin mí en estas quebraduras?

MAIA.—Bajaría... aunque fuera por ese precipicio...

ULFHEIN.—¡Para matarse! Caería usted, y su cuerpo llega-

ría al fondo del abismo convertido en una masa informe, que serviría de pasto á los perros (*la suelta*). ¡Haga usted lo que quiera! Baje, baje por esa cortadura... No hay más que un senderillo casi impracticable que serpea por el borde de los precipicios.

MAIA (*sacudiéndose el vestido con la mano y dirigiendo á Ulfhein miradas furiosas*).—¡Muy bien! Es un encanto ir de caza con usted.

ULFHEIN.—Es un *sport*.

MAIA.—¿Á esto lo llama usted *sport?*

ULFHEIN.—Con permiso de usted. Un *sport* como á mí me gustan.

MAIA (*encogiéndose de hombros*).—¡Bueno, bueno! (*pausa. Mirándole fijamente*). ¿Por qué ha soltado usted los perros?

ULFHEIN (*sonriendo y guiñando los ojos*).—¡Porque después de cazar para nosotros, es justo que cacen para ellos.

MAIA.—¡Eso no es verdad!

ULFHEIN.—¿Por qué, entonces?... ¿Qué supone usted?

MAIA.—Los ha soltado para alejar á Lars, que á estas horas correrá por esos breñales en busca de los mastines. Y usted entretanto... ¡Muy bonito!

ULFHEIN.—¿Y yo entretanto?...

MAIA (*secamente*).—Nada.

ULFHEIN (*como en confianza*).—Lars no encontrará los perros. Esté usted segura. No los traerá hasta que hagan falta.

MAIA (*enojada*).—Ya lo sé.

ULFHEIN (*cogiéndole un brazo*).—Lars conoce bien mis costumbres... de caza.

MAIA (*sin responder; mirándole de alto á bajo*).—¿Sabe usted á quién se parece, Ulfhein?

ULFHEIN.—Creo que me parezco á mí mismo más que á nadie.

MAIA.—Pues se engaña; se parece usted más á un fauno.

ULFHEIN.—¿Á un fauno?

MAIA.—Exactamente.

Ulfhein.—Un fauno, ¿no es una especie de monstruo?... ¿Así como un demonio de los bosques?.

Maia.—Sí; el retrato de usted. Barba y pies de macho cabrío. ¡Y cuernos!

Ulfhein.—¿También cuernos?

Maia.—Un indecente par de cuernos, como los suyos.

Ulfhein.—¿Pero me los ve usted?

Maia.—¡Vaya si los veo!

Ulfhein (*sacando del bolsillo una cuerda*).—En ese caso... (*Haciendo ademán de atarla.*)

Maia.—¿Está usted loco? (*Rechazándole.*)

Ulfhein.—Puesto que soy el diablo, quiero serlo del todo... ¿De veras ve usted mis cuernos?

Maia (*tratando de apaciguarle*).—¡Vamos, vamos!... sea usted amable, señor Ulfhein... (*cambiando de tono*). ¿Y el *chalet* de que tanto me hablaba usted? Debe estar por aquí.

Ulfhein.—¡Véalo usted! (*Señalando la choza.*)

Maia.—¿Ese establo arruinado?

Ulfhein (*riéndose*).—Cobijó á más de una princesa.

Maia.—¿Y es ahí donde el maldito, cuya historia me ha contado usted, venía transformado en oso á decirse amores con una princesa?

Ulfhein.—Sí, ahí, mi querida compañera de caza. ¿Quiere usted entrar?

Maia.—¡Puah! Jamás pondría el pie... ¡Puah!

Ulfhein.—Una pareja humana puede cobijarse, por una noche, en cualquier parte. Y hasta por todo un verano si es preciso.

Maia.—¡Gracias! (*con impaciencia*). Estoy ya cansada de esta cacería y de usted. Es la hora en que la gente se levanta en el hotel, y quiero que volvamos.

Ulfhein.—¿Por qué camino?

Maia.—Eso es cuenta de usted. Supongo que habrá manera de bajar.

Ulfhein.—Ya se lo he dicho: por un sendero casi impracticable que bordea los precipicios...

MAIA.—¿Ve usted?... ¡Con un poco de buena voluntad!...

ULFHÉIN.—Antes piense usted si se atreve... (*Señalando la cortadura.*)

MAIA.—¿Usted cree que yo no podría...? (*Mirando la sima.*)

ULFHEIN.—Sin mi ayuda, jamás.

MAIA.—¡Bien! Pues ayúdeme usted. ¡Para eso viene conmigo!

ULFHEIN.—¿Quiere usted que la lleve á cuestas?

MAIA.—¡Muchas gracias! (*Irónica.*)

ULFHEIN.—¿Ó en brazos?

MAIA.—¿Volvemos á las tonterías de antes?...

ULFHEIN (*con sorda cólera*).—Un día encontré al acaso una encantadora mujercita; la levanté del fango de la calle y la llevé en mis brazos. La hubiera llevado así toda la vida, para que no volviera á herirse los pies en los pedruscos del camino... Porque tenía los zapatos destrozados cuando la encontré...

MAIA.—Con unos nuevos... ¡El remedio era fácil!

ULFHEIN (*sin contestar*).—Yo la recogí del lodo, y en mis brazos la levanté... tan alto como pude (*en una carcajada*). ¿Y sabe usted el pago que me dió?

MAIA.—¿Cuál?

ULFHEIN (*mirándola sonriente y bajando la cabeza*).—Estos cuernos que usted ve á todas horas... ¡Un recuerdo de aquella mujercita!... ¿No es una aventura graciosa para un cazador de osos?

MAIA.—Tiene gracia, sí; pero yo sé otra historia aun más divertida.

ULFHEIN.—¡Á ver!

MAIA.—Pues señor... érase una vez una jovencita muy tonta. Vivía con sus padres en bastante modesta posición, cuando un día cierto caballero rico y famoso tomó á la muchacha en sus brazos... y en ellos la llevó á un país lejano.

ULFHEIN.—¿Iba á gusto?

MAIA.—Sí; porque ya lo dije, era tonta.

Ulfhein.—Y era él, sin duda, uno de esos seductores irresistibles.

Maia.—No. Medianamente seductor nada más. Y fué el caso que aquel señor poderoso hizo creer á la muchacha que la subiría hasta una cumbre altísima, inundada de luz esplendente...

Ulfhein.—¿Era un aficionado á subir á las alturas?

Maia.—Sí... á su modo.

Ulfhein.—¿Se cumplió su promesa?

Maia.—¡Ca!... ¡Bonita manera de cumplirla tuvo! En vez de llevarla á lo alto, la hundió en un recinto frío y húmedo, sin aire y sin sol, sin más adornos que severos artesonados y muchas heladas estatuas de mármol.

Ulfhein.—¡Bien hecho!

Maia.—¿Es graciosa la historia?...

Ulfhein (*después de mirarla en silencio un momento*).—Escúcheme usted, querida compañera de caza.

Maia.—¿Qué?

Ulfhein.—¿Quiere usted que juntemos nuestras miserias?

Maia.—¡Bah! ¡Pretender con jirones de dicha hacer una dicha nueva!

Ulfhein.—¿Por qué no? Si intentamos unir sus restos rotos... ¡tal vez logremos algo que se parezca á una vida humana!

Maia.—¿Y si esos restos son demasido escasos?

Ulfhein (*extendiendo los brazos*).—¿Qué importa? ¡Grande ó pequeña, será una vida! Nos aceptaremos tales como somos... ¡Seremos libres hijos de la Naturaleza!

Maia (*riendo*).—¡Usted con patas de macho cabrio!

Ulfhein.—¡Y usted con su...! ¿Vamos?

Maia.—Sí; vamos á...

Ulfhein.—¡Alto ahí, compañera! ¿Adónde?

Maia.—Al hotel, claro está.

Ulfhein.—¿Y después?

Maia.—Después... nos diremos amablemente adiós.

Ulfhein.—¿Separarnos? ¿Usted cree que podemos separarnos?

MAIA.—No existe lazo alguno que nos ate.

ULFHEIN.—Yo le puedó ofrecer un castillo...

MAIA.—¿Como ese? (*la choza*).

ULFHEIN.—No está en ruinas.

MAIA.—¿Y todos los esplendores de la tierra?

ULFHEIN.—Un castillo...

MAIA.—¡Gracias! ¡Tengo bastantes!

ULFHEIN.—...Rodeado de bosques para cazar en ellos...

MAIA.—¿Y hay obras de arte en ese castillo?

ULFHEIN.—No... precisamente obras de arte no...

MAIA.—¡Tanto mejor!

ULFHEIN.—¡En fin! ¿Quiere usted seguirme adonde vaya... para siempre?

MAIA.—Recuerde usted que soy presa de un ave de rapiña, aunque mansa.

ULFHEIN (*con un arranque salvaje*).—¡De un balazo os haré libre, Maia!

MAIA (*mirándole un instante. Decidida*).—¡Ea! ¡Venid y guiadme hacia el abismo!

ULFHEIN.—¡Ya era tiempo! La niebla baja (*rodeándole el talle con un brazo*).

MAIA.—¿El sendero es muy peligroso?

ULFHEIN.—Lo es la niebla (*Maia se desase de Ulfhein, se acerca al borde de la cortadura, mira al fondo del abismo y se retira apresuradamente*). ¿Se os va la cabeza?

MAIA.—Algo; pero no es eso .. Mire usted allá abajo... aquella pareja que sube.

ULFHEIN (*asomándose á la cortadura*).—El ave de rapiña que os tiene presa... y su desconocida.

MAIA.—¿Podríamos evitar que nos viesen?

ULFHEIN.—¡Imposible! El sendero es muy estrecho... Y no hay otro.

MAIA (*decidiéndose*).—¡Qué importa! ¡Vamos!

ULFHEIN.—Habla usted como un verdadero cazador de osos.

ESCENA II

DICHOS, IRENE y RUBEK

Irene y Rubek aparecen por el último término. Irene lleva capa de pieles sobre su traje blanco y á la cabeza una gorrita de plumas de cisne. Rubek lleva á la espalda un gran plaid.)

RUBEK.—¡Maia!... Estaba escrito que todavía nos volveríamos á encontrar.

MAIA (*fingiendo aplomo*).—Siempre á tu disposición.

RUBEK (*sube á la meseta y da la mano á Irene para ganar la altura. Fríamente á Maia*).—¿Has pasado la noche en la montaña... como nosotros?

MAIA.—Sí; cazando. ¿No me diste permiso para ello?

ULFHEIN (*señalando el precipicio*).—¿Ha subido usted por ese sendero?

RUBEK.—Me parece.

ULFHEIN.—¿Y la señora (*por Irene*) también?

RUBEK.—Su camino es el mío.

ULFHEIN.—¿Pero sabe usted que ese camino (*señalando el sendero*) puede conducir á la muerte?

RUBEK.—¡Á sabiendas hemos afrontado el peligro!... Al principio no parece tan difícil.

ULFHEIN.—¡Todo es fácil al principio!... Pero de pronto, tras una quebradura, el sendero se muestra inaccesible; el caminante no sabe si avanza ó retrocede y se queda clavado en el paso peligroso, señor profesor.

RUBEK.—¡Filósofo está usted! (*Sonriendo.*)

ULFHEIN.—¡Oh! ¡Dios me libre de filosofías! (*persuasivo; señalando las cimas*). ¿Pero no ve usted la tempestad que se cierne sobre nuestras cabezas?... ¿Oye usted el zumbido del aire en los ventisqueros?

RUBEK (*escuchando*).—¡Diríase que el viento canta en las cumbres el preludio de la resurrección!

ULFHEIN.—¡Es la tormenta que se desata! ¡Mire usted las nubes... cómo se amontonan y descienden! Pronto nos envolverán como un sudario.

IRENE (*estremeciéndose*).—Lo conozco.

MAIA (*tirando del brazo á Ulfhein*).—¡Bajemos, bajemos!

ULFHEIN (*á Rubek*).—No puedo ayudar más que á una persona. Refúgiense ustedes en aquella choza mientras pasa la tormenta. Yo enviaré á buscarles.

IRENE (*aterrorizada*).—¡Á buscarnos! ¡No! ¡No!...

ULFHEIN (*bruscamente*).—Los bajarán á la fuerza, si es preciso. ¡Aquí se juegan ustedes la vida! (*á Maia*) ¡Vamos, y confíe usted en su compañero!

MAIA.—¡Qué alegre cantaré si llego sana y salva!

ULFHEIN (*comenzando el descenso. Gritando á Irene y Rubek*).—¡Lo dicho! ¡Esperen ustedes en la choza, que yo enviaré hombres con cuerdas para que los bajen sin peligro. (*Mutis Maia y Ulfhein.*)

ESCENA III

IRENE y RUBEK; luego la ENFERMERA y la voz de MAIA

IRENE (*mirando un momento á Rubek con ojos de espanto*).—¿Has oído, Arnoldo? ¡Unos hombres vendrán á buscarme! ¡Ella vendrá también!...

RUBEK.—¡Cálmate, Irene!

Irene (*con terror creciente*).—¡Vendrá... vendrá también ella, esa mujer sombría. Se habrá extrañado de mi larga ausencia. ¡Me cogerá, Arnoldo! ¡Me pondrá la camisa de fuerza! ¡Sí; la lleva siempre consigo! ¡Se la he visto!

Rubek.—¡Nadie osará tocarte!

Irene (*con sonrisa extraviada*).—¡Oh, no!... Tengo un medio...

Rubek.—¿Cuál?

Irene (*sacando el estilete*).—Este.

Rubek.—¡Un puñal! (*Tendiendo la mano para quitárselo.*)

Irene.—Lo llevo siempre conmigo.

Rubek.—¡Dame ese puñal, Irene!

Irene (*guardándolo*).—No lo necesitas. Yo sabré usarlo.

Rubek.—¡Usarlo!...

Irene (*mirándole fijamente*).—¡Era para ti, Arnoldo!

Rubek.—¿Para mí?

Irene.—Cuando al atardecer, junto á la cabaña...

Rubek.—¿Qué cabaña?...

Irene.—...Á la orilla del lago Taunitz jugábamos á los cisnes con nenúfares...

Rubek.—¿Qué, qué?

Irene.—Y me dijiste estas palabras, frías como la muerte: «Tú has sido un episodio de mi vida...»

Rubek.—No dije tal cosa. Tú fuiste quien habló de un episodio.

Irene.—...Yo saqué el estilete para hundírtelo por la espalda, hasta el corazón.

Rubek (*sombrío*).—¿Por qué no me mataste?

Irene.—Porque de pronto vi con espanto que ya estabas muerto.

Rubek.—¿Muerto?

Irene.—¡Sí, muerto!... Como yo. Éramos dos cadáveres unidos por el frío de la muerte.

Rubek.—Yo no creo estar muerto... ¡Pero no me comprendes!...

Irene.—¿Dónde está aquel deseo ardiente, impetuoso, que

luchabas por contener cuando veías ante ti, sin velos que cubriesen su belleza, á la mujer resucitada?

RUBEK.—¡Nuestro amor no ha muerto, Irene!

IRENE.—El amor, fruto de la vida, amasado con bellezas, maravillas y misterios... ese amor ha muerto en nosotros.

RUBEK (*con pasión*).—¿No sabes que ese amor me abrasa ahora con más violencia que nunca?

IRENE.—¿Y yo? ¿olvidas lo que yo soy ahora?

RUBEK.—¡Eres la mujer de mis ensueños!

IRENE.—Me mostré desnuda... sobre un escenario... ante millares de hombres...

RUBEK.—¡Fuí yo el culpable de que lo hicieras!... ¡Ciego de mí! ¡Yo, que preferí el barro inerte á la vida... á la dicha... al amor!

IRENE (*bajando los ojos*).—¡Es tarde! ¡Es tarde!

RUBEK.—Todo ese pasado no te hace desmerecer á mis ojos.

IRENE (*levantando la cabeza*).—Ni á los míos.

RUBEK.—¡Pero ahora!... Somos libres. ¡Aun tenemos tiempo de vivir nuestra verdadera vida, Irene!

IRENE (*mirándolo tristemente*).—¡Arnoldo, el deseo de vivir ha muerto en mi pecho! He resucitado. Te busco. Te encuentro... Y advierto entonces que tú y la vida... sois cadáveres insepultos... como yo lo he sido!

RUBEK.—¡Te equivocas, Irene! La vida germina en nosotros y en derredor nuestro como antes!

IRENE (*sonriendo y bajando la cabeza*).—Tu resucitada no se ha levantado de su lecho de muerte; desde su ataúd contempla la vida.

RUBEK (*estrechándola violentamente entre los brazos*).—¿Quieres que una vez siquiera vivamos, gustando con ansia suprema la esencia del vivir... antes de volver á nuestras sepulturas?

IRENE (*en un grito*).—¡Arnoldo!

RUBEK.—Pero no aquí entre las sombras, entre la niebla húmeda...

IRENE (*con pasión*).—¡No, aquí no!... ¡Arriba, en la cima de

la montaña. ¡Bañándonos en los esplendores luminosos del sol!

RUBEK.—¡Irene, mi amada!... ¡Sí! ¡Allá, en lo alto, sobre la cumbre, celebraremos nuestra fiesta nupcial! ¡El primer rayo de sol coronará nuestras bodas!

IRENE.—¡Arriba todo luz!

RUBEK.—¡Y aquí todo sombra! (*Cogiéndole una mano.*) ¿Quieres seguirme?

IRENE.—¡Mi voluntad es tuya! ¡Eres mi dueño y señor! ¡Te sigo! (*Como transfigurada.*)

RUBEK (*marchando abrazados hacia la cumbre*).—¡Vamos! Subiremos á través de la niebla; dejaremos abajo las nubes...

IRENE.—Sí; á través de la niebla, más altos que las nubes, hacia la cumbre, donde el sol aparece ya resplandeciente...

(*Las nubes descienden lentamente; envueltos por ellas, Irene y Rubek suben por las pendientes nevadas de la derecha, y poco á poco desaparecen entre la niebla. El viento silba impetuoso. Por la derecha sale la Enfermera vestida de negro. Mira á todos lados en silencio. Se oye la voz de Maia que canta á lo lejos.*)

Escapé de mi jaula.
No tengo dueño.
Libre, libre en el aire
mis alas tiendo.

(*De pronto resuena atronador estrépito, como de un terremoto. Desde las cumbres se desprende un enorme alud de nieve hasta el precipicio. Se ve á Irene y á Rubek que arrastrados por la avalancha caen al abismo.*)

LA ENFERMERA.—¡Irene! (*Un grito. Después tendiendo los brazos hacia la catástrofe*) ¡La paz sea con vosotros!

(*Vuelve á oirse, apagada por la distancia, la canción de Maia que se aleja.*)

TELÓN LENTO